

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXIX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

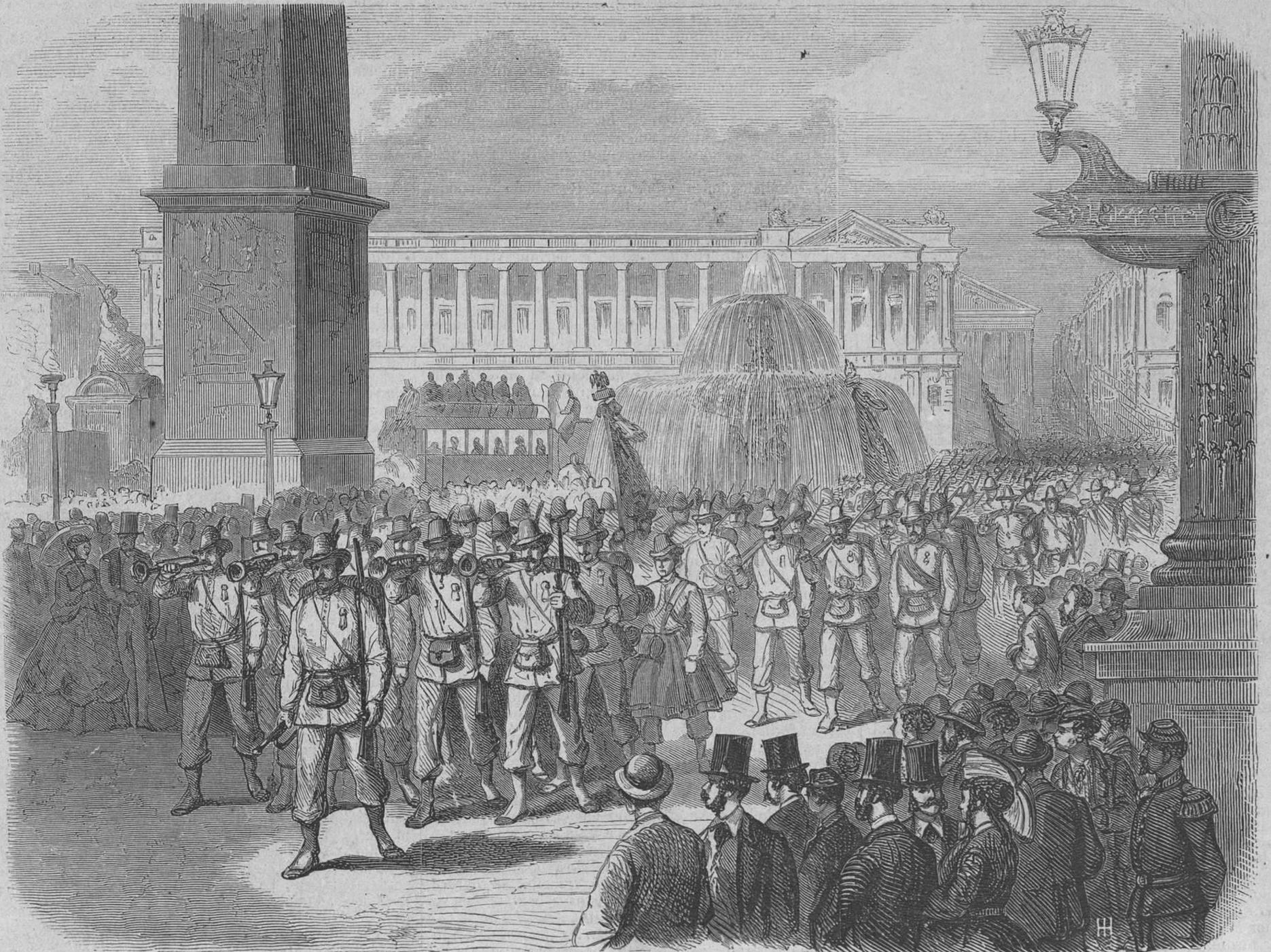
AÑO 26. — Nº 753.

## SUMARIO.

Los francos-tiradores de los Vosges en Paris; grabado. —  
Estudios literarios: El Taso. — Viaje al polo boreal. — El

banquete de la Presidencia; grabado. — Manifestacion de los  
estudiantes de Estrasburgo; grabado. — Revista de Paris. —  
Poesia: El epitafio de la doncella. — Exposicion universal  
de 1867: Los muebles. — La exposicion de Billancourt; gra-

bados. — Revista de la moda; grabado. — Intriga y furor. —  
Bellas-Artes: Exposicion de 1867; grabados. — Oliverio. —  
El algarrobo; grabado.



Entrada en Paris de los francos-tiradores de los Vosges.

## Los francos-tiradores de los Vosges

EN PARÍS.

El viernes 24 de mayo á las nueve y media de la mañana, una muchedumbre enorme que crecía por instantes, se esparcía tumultuosamente por los bulevares para asistir al desfile de los francos-tiradores de los Vosges que hacia su entrada en París.

Al sonido de la charanga y con las banderas desplegadas, los dos batallones de francos-tiradores marchaban á paso marcial, como compañías de veteranos.

La acogida fué simpática, y el pintoresco uniforme de los francos-tiradores excitaba en alto grado la curiosidad parisiense.

El grabado que publicamos á la cabeza de este número dará una idea del uniforme, que es el mismo traje de los montañeses de los Vosges, á saber: blusa y pantalón de lienzo crudo, cartuchera formando cinturón, botines blancos, mochila á la espalda y fieltro gris parecido al sombrero tirolés, con una pluma al lado izquierdo. Cada uno de los francos-tiradores lleva su carabina, pero no todos tienen el mismo modelo.

El número exacto de los francos-tiradores del Mosa asciende á 1,033: Epinal, 305; Neufchâteau, 140; Mirecourt, 280; Remiremont, 175; Saint-Dié, 123; La Marche, 60; pero las compañías que han venido á París no representan mas que un efectivo de 350.

Las compañías presentes estaban mandadas por el presidente de la Asociación, que marchaba resueltamente á la cabeza de las fuerzas, con su pierna de palo. Una cantinera muy graciosa y vestida con el uniforme de los francos-tiradores, figuraba en la primera línea del primer batallón.

Los francos-tiradores han venido á París á presentar al príncipe imperial una carabina de honor, y la cordial acogida que han recibido probará á la Asociación que París los considera como descendientes de aquellos voluntarios de 1792 que se hicieron un nombre glorioso en los catorce ejércitos de la república, y de aquellos patriotas de los Vosges que por su patriotismo merecieron que se pusiera el nombre de su departamento á la plaza Real de París. L. C.

## Estudios literarios.

EL TASO.

(Continuación.)

En los coros es donde sobresale el Taso con el hervidero de una fantasía abrasada y de un pecho enamorado. La poesía italiana, tan rebotante en rasgos líricos, quizás nada tiene comparable al coro que entona allí un cuadro vivísimo de los deleites de la edad de oro. «Amémonos, exclaman á una zagales y zagalas; no dan tregua los años á la vida humana: corre, vuela, desaparece. Amémonos; el sol fallece y renace, pero luego cerraremos los ojos, y se nubló la luz para yacer allí en sempiterno sueño (acto I).» Suma fué la aceptación de la Aminta, y antes de salir á luz, se estuvo ya representado por varios pueblos de Italia; y la duquesa de Urbino, que no había presenciado las funciones de Ferrara, pidió al duque Alfonso que le enviase el autor y su obra. Tibio se mostraba el Taso en medio de tanto triunfo, pues estaba pendiente de otro objeto mas encumbrado, y era desbancar al Ariosto y descollar en la epopeya. Ni su viaje á Pésaro, ni los festejos dedicados á Henrique III en Venecia y en Ferrara, le retrajeron jamás del blanco de sus afanes. Atareándose mas y mas, logró participar, al principio de 1575, que estaba concluida la Jerusalén. Envío una copia á Roma, rogando á Escipion Gonzaga que no les escasease sus advertencias, y aquel prelado juntó consigo al Barjeo, Esperon Esperoni, de Nobili y Antoniano, y con el dictamen de estos sabios, pasó á tan árduo escrutinio. Tachaba Esperoni al poema de ausencia de unidad, conceptuando muy ajenas del asunto las hechicerías, y deshonesto el retrato de Armida. Requería el Antoniano el cercen de los pasos en demasía afectuosos, y vituperaba ante todo el episodio de Sofronia, mirándolo como un parche insertible; pero el Taso, que se había retratado bajo el disfraz de Olindo, no se avino al sacrificio impuesto por los censores, y lo escudó con el ejemplo de Niso y Eurialo, de Camila, de Dido y de las exequias de Anquises. Pudiera añadir que paso tan lloroso entre dos amantes al subir al cadalso retrata con muchísimo tino y muy al vivo el desconcierto que estaba reinando en Jerusalén, la índole recelosa y desahogada de Aldino, y las entrañas hidalgas y magnánimas de Clorinda, destinada á desempeñar tan grandioso papel en todo el poema. Escribió el Taso una carta larguísima á Antoniano para desmenuzarle lo árduo que se hacia el desencajar ya del poema los amores de Reynaldo y de Tancredo, los encantos de Armida y de Ismeno, sin volcarlo de extremo á extremo. «En cuanto á los portentos, le decía, los mas se han sacado de la historia, que va refiriendo muy por menor la aparición de ángeles, las máquinas encantadas y las tormentas movidas por el mismo Satanás; pues el historiador mas circunspecto de las cruzadas, Guillermo

de Tiro, nos cuenta que en el trance del asalto fenecieron varias hechiceras en la brecha.» Mas al paso que rechazaba críticas tan descompasadas, se avenia el poeta dócilmente á los reparos que conceptuaba fundados en razón y atinado gusto; mas aquel esmero mecánico y ciertas desazones padecidas en la corte de Ferrara le caldearon la sangre y desencajaron sus pensamientos, teniéndose por ito de amaños de palaciegos, de pandillas de enemigos y de la ira de su amo. Cavilando á ratos, sobre los varios sistemas de filosofía, le habían sobrenvenido allá ciertas dudas acerca del misterio de la Encarnación, del origen del mundo y de la inmortalidad del alma. Su conciencia se alborota, corre á Bolonia y llora amargamente su yerro á las plantas del inquisidor mayor, todo trémulo por su salvación, por su nombradía y por su vida. No le desasustan ni explayan los desengaños de Alfonso y sus hermanas. Allí se dispara de extravió en extravió; arrebátase azorosamente y empuña el acero contra un sirviente de la duquesa de Urbino á su misma presencia (17 de junio de 1577). Desahuciado de toda racionalidad, hubo que encerrarlo; pero fué muy de paso, pues á los dos días llamó el duque al Taso, y le habló mas bien como amigo que como superior, llevándosele además á una quinta llamada el *Belriguardo*. Sobresaltado con mas y mas zozobras, el desventurado poeta, vuelto á Ferrara, se metió para pocos dias en el convento de San Francisco. Temeroso del encono de Alfonso y defraudado del arriño de la duquesa de Urbino, se salió á hurtadillas de la ciudad (20 de julio de 1577), sin dinero, sin guía y casi aun sin ropa. Extravióse de intento para burlar todo alcance, fué sorteando las poblaciones y se enriscó por las sierras, entregándose á la hospitalidad de unos pastores que le franquearon sus andrajos. Disfrazado de zagal, acudió á casa de su hermana con achaque de mensajero de Torcuato, y le estuvo haciendo una relación lastimosa de los peligros que acosaban á su hermano. Estremécese Cornelia y prorrumpe en ímpetus desesperados; llora el Taso y se da á conocer; expláyase por fin con la dicha de hallarse en el regazo de una familia que se desvive en sus agasajos; está viendo los sitios donde asomó al mundo, y no se atreve á presenciarlos con el desconsuelo de renovar memorias pasadas. «¡Ay de mí! ¿qué podrán decirme? exclama en su quebranto; desdichas dieron principio á mi vida. Siervo desde la niñez de las iras de una deidad implacable, desencajaronme desapiadadamente de mi madre. ¡Ay! me estoy acordando con suspiros de tantos besos como me daba y de tantas y amargas lágrimas como derramó á mi despedida. No eché en olvido sus anhelos ardientes, que allá los vientos arrebataron. ¡Ay! que ya no me había de estrechar mas en sus brazos, ni pegar su rostro con el mio. ¡Desventurado! Cual otro Ascanio ú otra Camila, fui siguiendo con pasos mal seguros á mi padre errante y proscrito; en el desamparo y el destierro, fui yo creciendo...» Despejóse sin embargo algun tanto la lobreguez de su melancolía con el influjo apacible del hermosísimo cielo de Nápoles. La soledad sin embargo halagaba poco á quien solo sabia de corte, y allá una diestra invisible le estaba empujando hacia aquella Ferrara tan tormentosa para él, pero donde había dejado tan halagüeñas esperanzas. Restablecido apenas de los quebrantos del viaje, trata de nuevo de aplacar las iras del duque; aviénesse desde luego á cuantas condiciones se le impongan, allánase á las plegarias, ofrece sujetarse á todo, con tal que se le permita vivir junto á Alfonso. Deséchase su instancia, y el Taso, que debía consolarse con el silencio del duque, trata de ir personalmente á pedir su indulto. Ensordece á los cuerdos dictámenes de la parentela, que se empeña en retraerle de aquel paso desacordado; asoma otra vez en la corte de Ferrara, al año de haberla dejado. Le devuelven su destino, pero echa menos su privanza que antepone á todo y que su situación le hace tan imprescindible. «Quisieran sentenciarme, escribe al duque de Urbino, á una vida ociosa y apoltronada, y trasladarme, cual desertor del Parnaso, á los pensiles de Epicuro.» No acertando á doblegarse para con un papel tan indecoroso en su concepto, arroja de nuevo sus grillos y acude á refugiarse en la corte de Mantua. No se hace allí mas lugar que en la de Ferrara, llegando á tal extremo su desamparo, que tiene, para proporcionarse algun arbitrio, que enajenarse de un rubi peregrino que debía á Lucrecia de Este. Resérvale mas fina acogida el duque de Urbino, quien siempre se había condolido de su desventura. Aquella dignación explaya el ánimo del poeta y le reintegra su nimen para aquella oda preciosa al *Metauro*. «Hijo endeble, pero esclarecido del Apenino, le dice, mas encumbrado aun por tu nombre que por tus cristales, vengo, viandante, vagaroso, en pos de sosiego y seguridad, por tus orillas. Así la encina empinada que estás fecundizando y que ostenta grandiosamente su ramaje, se digne abrigarme con su sombra hospedadora, y encubrirme á las miradas enemigas de la divinidad terrible que me está acosando.»

Mas luego volaron aquellos sueños venturosos, pues se creyó cercado de lazos y peligros, aun á la vista misma de su bienhechor. Vaga otra vez por el mundo; camina á la ventura, carece de albergue y de asilo, cuenta con el amparo del duque de Saboya, á quien no conoce, y toma el rumbo de Turin, encubriendo á todos su partida. Le sobrecoge una tormenta junto á Vercellas, se guarece en casa de un hidalgo, cuyo agasajo paga hablando de su acogida en un diálogo famoso intitulado el *Padre de Familia*. Preséntase á la madrugada en las puertas de Turin con tan desastrada traza, que lo tienen por un vagabundo, y á no encontrarse con un literato que lo había con-

cido en Venecia, le negaban la entrada en la ciudad. Presentado al marqués Felipe de Este, se le recibió con los miramientos debidos á su nimen y ante todo á sus desventuras. Se mostraba bien hallado, pero le estaba carcomiendo las entrañas el pesar de no ser palaciego de Ferrara... Aquella era la cuna de sus amores y de su nombradía. Noticioso de que el duque iba á contraer nuevo enlace, se abalanza á esta coyuntura para recobrar su privanza. Atropéllase por anticiparse á Margarita de Gonzaga, llega en el afán de los preparativos para el desposorio, y cuando embargados todos con aquel recibimiento, no estaban para contestar á sus preguntas y menos para corresponder á sus anhelos. Los palaciegos lo desvian y la servidumbre lo ultraja. Enconado con los dependientes, prorrumpe en dictérios contra el duque, su familia y los personajes principales de la corte, se apesadumbra por los años malogrados en servirles, se culpa de haberlos elogiado tanto en sus versos, y pára en apellidarlos cobardes é ingratos. Enterado el duque de aquellos arrebatos, en vez de conceptuarlos como ímpetus de un ánimo doliente, trata de acudir al escarmiento, y aquel mismo á quien la Italia estaba reverenciando como su ingenio mas esclarecido, queda afrentosamente encerrado en un hospital de locos (marzo de 1579).

Traspasado de muerte con aquel golpe imprevisto, estuvo á pique de fenecer por aquel extremado infortunio; y acibaraban mas y mas su quebranto los bárbaros desafueros del encargado del establecimiento, quien, como amigo y alumno del Ariosto, venia á considerarse precisado á insultar á su competidor. Oigamos al mismo Taso relatando lastimosísimamente sus padecimientos. «¡Ay de mí! ¡cuán digno de compasión vengo á ser! Había ideado ya *dos poemas épicos*, cuyos asuntos eran tan grandiosos como interesantes; cuatro *tragedias* cuyos planes tenia ya extendidos, y *varias obras* en prosa sobre puntos trascendentales para el bienestar de los hombres. Era mi ánimo hermanar la elocuencia con la filosofía, y estaba esperanzado de poder al fin dejar una memoria simpiterna. Ahora ya acosado de tanta amarga desventura, he orillado todo pensamiento de gloria, y me daría por dichosísimo con apagar la sed que me está abrasando. ¡Cómo podría yo lisonjearme de verme allá reducido al estado mas humilde para vivir desahogadamente arrinconado! No recobraría la salud que se desvió de mí para siempre, mas podría pasar mis dias restantes sin congoja, con honor y resguardado de tropelias. Si los hombres me desamparaban, acudiría á las leyes de la naturaleza, iría con los irracionales á las orillas de las fuentes y los rios, á apagar la sed que me acaba por instantes. No temo los extremados padecimientos, pero estoy allá midiendo con pavor su duración, y esto basta para imposibilitarme de escribir y de pensar. La aprensión de un cautiverio interminable y la ira de los atropellamientos que estoy padeciendo no pueden menos de acibarar mi desconsuelo. La suciedad de mi barba, de mis cabellos y de mi ropa me está haciendo asqueroso á mí mismo. La soledad, á que vivo sentenciado, es mi enemiga mas cruel y mas mortal... huía de ella aun en medio de mis dichas (*Carta á Escipion Gonzaga*, tomo X).» ¡Fatalísima estrella del hombre! el mayor poeta de Italia yacía en afrentoso cautiverio en Ferrara, al mismo tiempo que el Camoens estaba en otro hospital terminando sus dos carreras de gloria y desamparo. Quedó el Taso por algun tiempo defraudado de cuanto podía dar algun desahogo á su martirio. Solían quitarle papel y plumas para imposibilitarle el añadir algunas páginas á sus partos inmortales. Queda todavía un soneto en que está suplicando á un gato que le preste el relumbró de sus ojos para suplir la luz que tenían la inhumanidad de negarle. El soneto es obra maestra de poesía, y no cabe mayor sublimidad chanceando. Sobrellevaba el desventurado preso con decoro sus rodoblas vejaciones; pero un solo pensamiento le abrumaba, y era el haber desmerecido la privanza de Alfonso. Echó el resto de sus arbitrios para aplacarle, mas se quedaban sin contestación sus instancias, sin que tampoco las acogiesen las princesas, á quienes había esperanzado enternecer retratándoles con vivísimos extremos su situación desatinada. Desamparado por sus amos, escribió al emperador Rodulfo, al cardenal Alberto de Austria y á Escipion Gonzaga, en busca siempre de arriños contra su atropellador. Necesitaba sosiego para despejar sus pensamientos, y nunca su fantasía había padecido tan tremendos vaivenes; estaba mas y mas cavilando con sus desventuras, con sus querencias y con sus obras, cuando se desplomó un cúmulo de quebrantos nuevos sobre su cabeza mal parada, en el momento de ir á dar la última mano á su Jerusalén. Supo que acababa de salir á luz con Venecia, sobre una copia descabalada que el descuido de un amigo había dejado ir á parar á manos de un especulador; ya iba, en extremo airado, á querrellarse ante el senado de la república, cuando las prensas de Italia y de Francia fueron á porfía multiplicando mas y mas los ejemplares de su obra. Corrió al vuelo por toda Europa, y los liberos no alcanzaban á corresponder á la impaciencia del público. Aquel raudal tan lisonjero, en vez de aliviar la suerte del Taso, lo puso por blanco á los tiros de la envidia, y sirvió de llamada para una contienda larguísima en la cual fueron alternando todos los literatos contemporáneos. La academia de la Crusca, luego despues tan afamada, tomó parte, y desdoló la primera temporada de su existencia con una sinrazón horrorosa. Salvati, que era el cabildero, tomó un nombre desconocido para contestar á un diálogo de Camilo Pelegrini, quien sobreponía el Taso al Ariosto. Cabía por cierto el

profesar la opinion contraria, puesto que aun en el dia está el pleito pendiente entre cómpetidores tan esclarecidos; mas era estrellarse con el decoro y atropellar todo principio de buen gusto el anteponerse el Rolando enamorado, el Morgante y el Avárquides al poema divino de la Jerusalem. Los académicos, no contentos con asaltar al hijo, se desmandaron con el padre, y no fué tanto por engreimiento como por afecto filial, el salir el Taso á la palestra para contrarestar á los zaheridores de su familia, sin desentenderse tampoco del interés de su propia nombradía. ¿Cabia acaso el que la mirase con indiferencia? Era ya su bien único: salud, haberes, libertad, felicidad, todo lo habia perdido, y tal vez para siempre. Entre tanto un senado académico, reunido solemnemente en una de las ciudades principales de Italia, fué osado para decretar que la *Jerusalem libertada, poco acreedora al dictado de poema, no era mas que un hacinamiento, un farrago desabrido y desproporcionado, en lenguaje confuso y desigual, cuajado de versos ridiculos, de voces bárbaras, de giros desencajados, de símiles improprios, sin compensar con un solo primor sus innumerables desaciertos.* ¿Extrañaremos ahora que Boileau, apenas asomado á la literatura italiana, se equivocara un siglo despues acerca del mérito efectivo de aquel poema?

(Se continuará.)

**Viaje al polo boreal.**

FRAGMENTOS.

(Conclusion.)

Es de la mayor importancia á los marineros el seguir ciegamente las órdenes de sus superiores: porque una perfecta obediencia y una confianza sin límites les hacen sobrepasar las mayores dificultades. Si nuestra gente hubiese calculado cuánto tiempo necesitaba para alcanzar el mar que distaba treinta millas de nuestro punto de partida, se hubiera toda ella entregado á la desesperacion; pero no bien hubimos acabado nuestra comida, cuando, á la primera señal, se encontró cada uno en su puesto. Retuvimos con nosotros á nuestros proveedores para estrecharnos las manos, sabiendo que en una hora podian volver á la embarcacion.

Sobre eso de las cinco de la tarde, el conductor del trineo disparó el mosquete, lo que nos hizo temer que los perros no hubiesen sido acometidos por algunos osos que habiamos visto rodar á cierta distancia.

Dirigí el antejo á aquella parte para saber lo que pasaba, y ví muy distintamente que tocábamos al fin de nuestro viaje; el hielo se habia cuarteado á media milla, á corta diferencia, por nuestro frente, y habia formado una ancha cuenca de muchos piés, en la que se sumergieron los perros uncidos al trineo, que solo podia conservarse cortando las tiras y sacrificando aquellos pobres animales, que se ahogaron sin que pudiésemos darles auxilio.

Esta catástrofe echó la consternacion en todos los ánimos, mayormente cuando sentimos el hielo moverse bajo nuestros piés. De esto concluimos que la mole entera estaba á nado. Douglas, que habia observado desde el buque esta mudanza, disparó un tiro para advertirnosla.

Reconocimos que todo el cuerpo del hielo se dirigia al Oeste. Habiendo echado en las barcas los cables que nos servian para tirarlas, dejamos en ellas suficiente número de hombres para maniobrar cuando se separase el hielo, mirando como imposible que inviésemos tiempo de conducir las hasta el buque; á nosotros nos bastaba salvar el trineo que encerraba los mas de nuestros instrumentos matemáticos. Si hubiesen quedado sumergidos con nuestros perros, quizá nos hubiera sido imposible salir de aquellas heladas regiones; y así, ¡qué acciones de gracias no debiamos á aquella divina Providencia, cuya caritativa mano los habia detenido en la orilla del precipicio!

Pronto alcanzamos la embarcacion, que ya encontramos á nado en su cuenca, que se habia llenado prontamente con las aguas. Si Douglas y sus compañeros no se hubiesen quedado á bordo, hubiéramos tenido que alcanzarla á nado, experiencia peligrosísima en agua tan fria.

El hielo continuaba siguiendo la direccion del Oeste, y á cada instante estábamos amenazados de ser hechos pedazos por la aproximacion de las orillas del canal en que estábamos empeñados. Habiamos entonces recorrido un espacio de unas dos millas, y los marineros estaban reventados de fatiga; pues habian trabajado como caballos durante veinte y cuatro horas, y aun tuvieron que valerse de palos de hielo para impedir que el barco quedase sumergido. Pero no bien habiamos escapado de un peligro, se presentaba otro, amenazándonos con positivo exterminio; y en tal situacion, no podiamos dar el mas mínimo auxilio á las barcas dejadas sobre el hielo.

Pero cada vez que perdiamos la esperanza de libertarnos por nuestros propios esfuerzos, el Todopoderoso parecia echar sobre nosotros una mirada compasiva, y fraquearnos su divino amparo. Cambió el viento, y al mismo instante el hielo se rompió por todas partes con un estruendo espantoso y mas ruidoso que el trueno.

Entonces se vió aquel inmenso continente de hielo, que se extendia hasta perderlo de vista, dividirse en una multitud de trozos que cubrian el Océano en todas direcciones, formando montañas y llanuras, variadas en sus figuras y dimensiones.

Este feliz suceso hizo renacer la esperanza en todos los pechos, y llenándonos de nuevo brio, nos hizo olvidar que teniamos necesidad de descanso. Tendimos las velas, queriendo aprovecharnos de la brisa para forzarnos un paso en los canales que empezaban á abrirse, y separar las partes del hielo que aun estaban en contacto.

Mientras que una parte de nuestra gente trabajaba en hacer avanzar la embarcacion con hachas de hielo, sierras y palos, la otra que habia quedado en los barcos echaba mano de todo para lanzarlos al mar, lo que no era de fácil ejecucion.

El hielo, aunque dividido en millones de partes, formaba aun al rededor de los barcos una especie de isla en la que estaban tan bien incorporados, que era imposible moverlos; estábamos ya apartados mas de cuatro millas, y temiamos que el movimiento del hielo no nos alejase aun mas. Nos era imposible enviarles auxilio por el hielo, que á pesar de que no estuviese bastante dividido para que las barcas se pusiesen á nado, no presentaba sin embargo harta solidez para que se pudiese pisar.

De todo echábamos mano para irlos á socorrer, cuando á fuerza de trabajos, lograron salir del apuro.

No habiamos podido acercarnos á ellos mas que una milla, cuando vimos las barcas á nado en un canal que se habia abierto siguiendo la direccion del noroeste, y luego nos alcanzaron. Hallándonos por fin reunidos, tomamos la resolucio de no volvernos á separar jamás.

Refrescando la brisa al es-sud-este, y al Este, se desviaron los hielos con tanta rapidez como se habian estrechado en derredor nuestro, cuando soplab el viento del Oeste y del Norte; prueba incontestable de que hay por la parte del Este una tierra que, defendiendo en su curso los témpanos llevados por los vientos del Oeste y del Norte, los aprieta unos contra otros, formando de ellos una mole maciza.

Al contrario, cuando sopla el viento terral, no experimentando los témpanos resistencia, se dispersan en el Océano, donde van nadando separadamente, hasta que los arrollan de nuevo los vientos contrapuestos.

El 15 de agosto nos encontramos en medio de una densa niebla, y no dejándonos caminar la calma, permití á los marineros que se retiraran á sus cuartos para descansar. Hacia entonces mucho frio, y la lluvia caia en abundancia, lo que retardaba mucho nuestra navegacion.

A las once, poco mas ó menos, nos vino del nordeste una brisa fresca y en extremo fria, que abrió los hielos por la parte del nordeste; echamos entonces el resto, desviando los témpanos que teniamos delante, ó dividiéndolos con una violencia tal, que á cada instante hacia temblar nuestros palos y crujir el maderaje. Pero no era el trance para detenernos en fruslerias, dependiendo nuestra existencia de nuestra prontitud en alcanzar la alta mar.

Después de algunas horas de navegacion, perdimos de vista las Siete-Isas, y al cabo de un rato, columbramos, con gran satisfaccion nuestra, la isla de Spitzberg.

Era en extremo vistoso y divertido el aspecto de las formas varias de los hielos que nos cercaban; vimos uno que representaba un arco magnifico, tan anchuroso y bien formado; que una lancha hubiera podido pasar por debajo, sin romper los palos; otro representaba una iglesia con sus lumbreras, sus columnas y bóveda, y un tercero una ancha mesa adornada de franjas parecidas á las de una alfombra de damasco.

Con un poco de ayuda de la imaginacion se veian castillos encantados, torres góticas, etc.; y este raro espectáculo contribuia poderosamente á desterrar la tristeza del alma en medio de aquellas horrosas soledades.

Continuamos nuestra navegacion por los hielos, quedándonos al Sur el promontorio de Hacluit, por los 39° Oeste. A eso de las ocho de la noche oimos un cañonazo, que nos anunció, por primera vez, de muchos meses á aquella parte, que no éramos los únicos hombres que existiamos en el globo.

Al dia siguiente por la mañana, avistamos dos balleneros holandeses al sudoeste, y aquel mismo dia, encontrándonos por fin fuera de los hielos, braceamos las velas é hicimos rumbo hácia la ensenada de Smearinburgo.

A las dos de la tarde dimos fondo en la bahía del Norte, donde encontramos cuatro balleneros holandeses, dispuestos á hacerse á la vela.

Por ellos supimos que todos los balleneros ingleses habian partido hácia el 10 de julio (mas de un mes antes de nuestro arribo), los que se habian empeñado, por contrato, á quedarse hasta aquella fecha para asegurar á sus accionistas la gratificacion otorgada por el parlamento para el fomento de la pesca.

Por la misma fecha, los mas de los holandeses partieron de Spitzberg para regresar á su patria. Pero habian adoptado el uso de quedarse, uno á uno, hasta que el rigor del tiempo les obligase á abandonar la costa, á fin de poder recoger en su bordo á los pescadores que, habiendo varado en medio de los hielos, habian tenido que abandonar sus embarcaciones, salvándose en barquichuelos. Institucion verdaderamente filantrópica, que honra al gobierno holandés.

Desempeñan anualmente este honroso encargo cinco buques, que tienen la obligacion de enviar diariamente sus lanchones en busca de algun desdichado, para socorrerle. Estos barquitos padecen cruelmente en sus correrias, y el mal tiempo los tiene desviados, á veces siete ú ocho dias de sus compañeros que los creen perdidos.

Como hacia buen tiempo el dia que dimos fondo en la ensenada de Smearinburgo, bajé á tierra para proporcionarme el agradable recreo de un paseo en la costa. Cuantos objetos encontrábamos en aquella tierra de exterminio parecian encantadores á nuestros ojos, acostumbrados desde tanto tiempo, á no ver mas que el hielo, el cielo y las nubes.

El promontorio de Hacluit hace parte de una isla situada hácia la punta noroeste de Spitzberg, y tiene cinco leguas de circunferencia. Se encuentra allí en abundancia la yerba de las cucharas, y en los valles (de los que hay algunos de una legua de extension), crece una especie de yerba corta, de que se alimenta el rengefiero.

Como el tiempo era apacible y enjuto, nos aprovechamos de él para armar nuestras tiendas y construir un horno, en el que cocimos algunos panes que nos proporcionaron un regalo agradable, pues tanto tiempo hacia que estábamos privados de él. Tambien nos afanamos por enjugar nuestras jarcias y embrear los costados de la embarcacion, en consolidar los palos, y en renovar nuestra provision de agua; en fin, tomamos todas las disposiciones necesarias para nuestro viaje de vuelta, durante el que era de esperar que tendriamos algunas de aquellas violentas tempestades que sobrevienen rara vez por las regiones heladas, y que son tan frecuentes desde el quincuagésimo hasta el sexagésimo quinto grado de latitud Norte, y particularmente en las cercanias de nuestras islas.

El dia 24, dos de aquellos barcos holandeses levaron el áncora, y se pusieron á la vela de conserva, advirtiéndonos que no nos quedásemos mucho tiempo detrás, si no queriamos ser acometidos por los hielos.

En el interin que trabajaba la tripulacion en los preparativos de nuestro viaje, hice una correria hasta nuestra antigua habitacion, cuyas cubiertas y pilares habiamos dejado armados; pero ¡cuál fué mi admiracion al reconocer que el todo habia sido presa de las llamas! Ignoro si esto se hizo adrede, ó si fué el resultado de algun acaso; pero debiamos mirarnos por muy felices en no tener necesidad de este refugio, porque nos hubiera sido absolutamente imposible volverlo á poner en su estado primitivo.

Como las aves hacian la puesta en esta estacion, encontramos una prodigiosa porcion de huevos, y todos los dias, nuestra mesa estaba abundantemente abastecida de ellos, y los comiamos unos hervidos y otros fritos.

M. DE F.

**El banquete de la Presidencia.**

Hé aquí un grabado que representa el banquete dado el 22 de mayo por M. Schneider, presidente del Cuerpo legislativo francés, á las notabilidades del mundo oficial, y á los principales miembros de la Exposicion universal.

Doscientas cincuenta personas fueron convidadas á esta gran comida que tuvo lugar en la galeria principal del palacio de la Presidencia, que comunica, por medio de anchos arcos, con otras dos galerias laterales adornadas la una con los cuadros de antiguos maestros pertenecientes á M. Schneider, y la otra con obras notables de la pintura moderna.

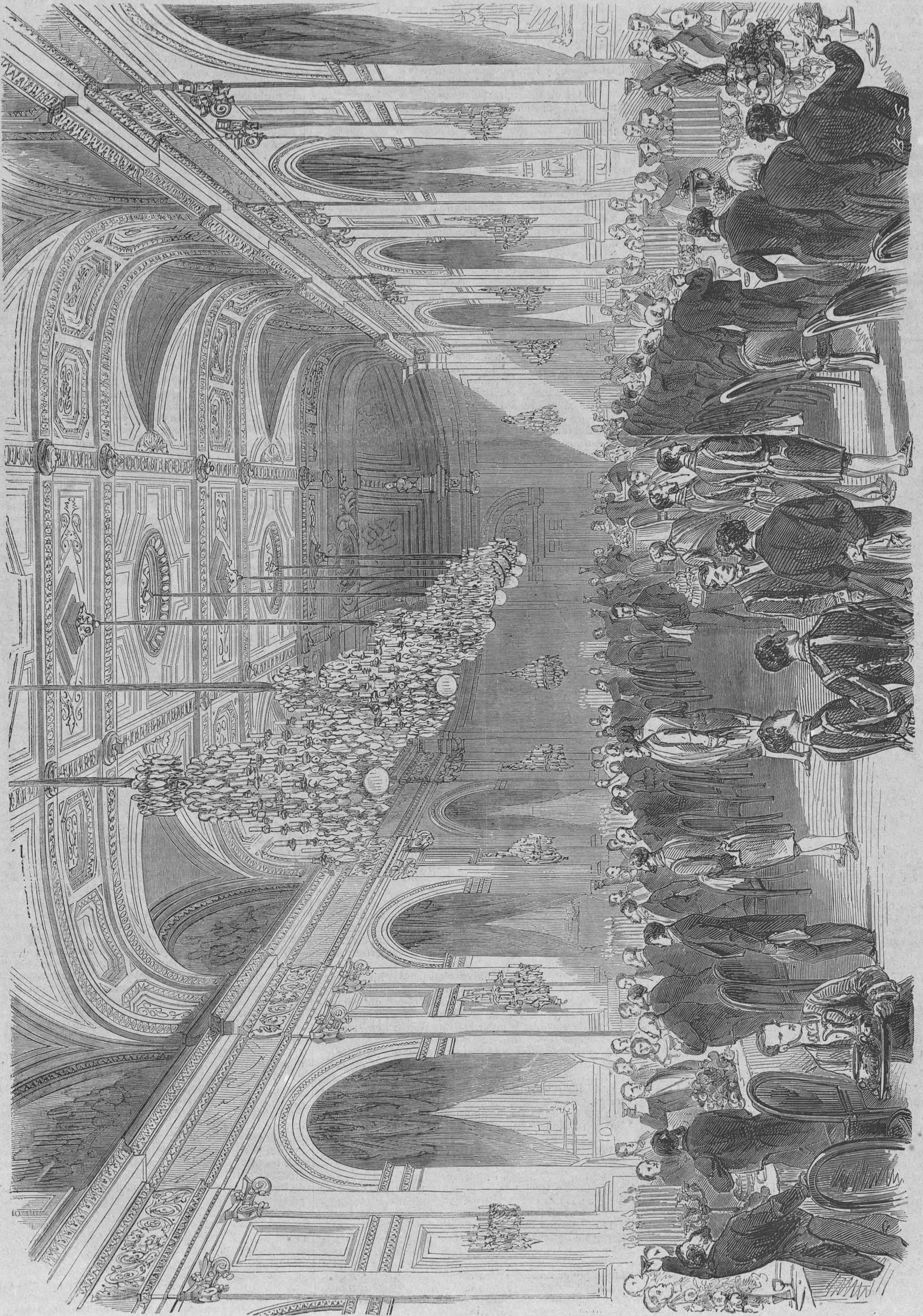
Difícil nos seria dar aquí una idea exacta del efecto que producía aquel magnifico salon, resplandeciente de luces y de flores, donde resonaban los himnos nacionales de diferentes pueblos. Así como la Exposicion universal muestra agrupados en el mismo punto las producciones mas diversas del genio humano, así tambien se hallaban reunidas con este motivo, las personalidades eminentes de Francia y del extranjero, que han concurrido á la organizacion y al esplendor de esta solemunidad internacional.

Todos presentian que el lujo y el buen gusto presidirian esta fiesta; pero lo que llamó particularmente la atencion de los convidados, fué haber encontrado allí, no obstante lo numeroso de la reunion, una perfeccion completa en la disposicion del servicio y en todos los pormenores de la comida, que fué confiada á los cuidados del personal de M. Schneider.

A los postres hubo dos brindis ardientemente aplaudidos, pronunciados el uno por lord Cowley, embajador de Inglaterra, á la familia imperial, y el otro por el presidente M. Schneider, á las potencias amigas de la Francia. A eso de las nueve comenzó la recepcion oficial, y poco despues la brillante orquesta y los coros, que dirige M. Pasdeloup, ejecutaron las principales piezas del repertorio. Madama Carnvalho obtuvo un gran triunfo en un aria de la *Sonambula* y en la cancion de la abeja, de la *Reina Topacio*.

A la una concluyó esta funcion, que habrá dejado huella en la memoria de los convidados.

R. DE M.



Panquete dado á los comisarios de la Exposicion universal, por M. Schneider, presidente del Cuerpo legislativo.



Los estudiantes de Estrasburgo respondiendo al mensaje de los estudiantes de Berlín.

## Manifestacion de los estudiantes

DE ESTRASBURGO.

El dibujo de M. Schuler, que damos en este número, representa uno de los episodios mas interesantes del conflicto franco-prusiano. Resumiremos brevemente los hechos que han producido la escena á que nos referimos. En lo mas fuerte de la crisis que provocó la cuestion del Luxemburgo, algunos estudiantes alsacianos enviaron á sus compañeros alemanes una manifestacion amistosa, en la que expresaban su profundo horror á la guerra.

La corporacion principal de los estudiantes de Berlin, la *Burschenschaft*, respondió con provocaciones violentas que causaron la mas penosa impresion en todas partes; el texto de este mensaje, publicado por la *Gaceta de Colonia*, ha sido negado ulteriormente; pero la *Independencia belga* ha sostenido la exactitud del hecho, anunciando que el escrito original obraba en Estrasburgo.

Al recibir esta contestacion, indignados los estudiantes de Estrasburgo se reunieron en número de quinientos, en el paseo de la *Orangerie*, desengancharon un carruaje y desde lo alto de esta tribuna improvisada, un estudiante leyó, en medio del aplauso general, otra manifestacion que atestiguaba otra vez mas el inviolable afecto que une á los alsacianos al resto de la Francia.

Tal es la escena que reproducimos, y la contestacion leida entonces probará á los estudiantes de la *Burschenschaft* que al tratar de hacer alemana á la Alsacia, no han logrado otra cosa que dar mas realce á sus sentimientos franceses.

H. C.

## Revista de Paris.

El sábado hizo su entrada en Paris el emperador de Rusia, y desde la hora de su llegada el anhelo general de la poblacion parisiense es encontrarse al paso del czar, ya que á tan pocos les es dado acercarse á su persona en las fiestas de Tullerías, del Hotel de Villa y de la Opera. La curiosidad era grande, extraordinaria en aquella multitud que obstruía las calles del tránsito desde la estacion del ferrocarril del Norte hasta el Eliseo. Nuestros dibujantes trabajan sin descanso para ofrecer en estas páginas ilustradas los episodios mas memorables de esta visita imperial, mas entre tanto, registraremos aquí los pormenores que irán sirviendo de explicacion á las láminas.

En primer lugar dos palabras del viaje. El tren imperial se componia de quince wagoes, entre ellos los cuatro imperiales que comunican uno con otro por puentes metálicos calados, y le remolcaban dos locomotoras dirigidas por M. Petiet, ingeniero en jefe de la línea, habiendo máquinas de reserva que seguian á diez minutos de distancia. Las horas de partida y de paso se trasmitian exactamente á todas las estaciones, así como á Paris; todos los jefes de estacion se hallaban en sus puestos respectivos y cuidaban por sí mismos de la ejecucion de cuantas medidas de seguridad se habian tomado.

En Chantilly se habia preparado un salon donde el czar se mudó su traje de viaje poniéndose de uniforme de gala, y cuarenta minutos despues era recibido en Paris de toda ceremonia por el emperador Napoleon, acompañado de los ministros, del prefecto de policia, del prefecto del Sena, del comandante de la guardia nacional y de un crecido número de funcionarios públicos.

El cortejo, compuesto de diez coches de aparato, de un peloton de cien guardias y de un escuadron de lanceros de la guardia imperial, se puso en marcha en el orden siguiente:

Dos batidores á caballo y un peloton de lanceros precedian al carruaje, en el que habian tomado asiento el emperador Napoleon, llevando á su derecha al emperador Alejandro y enfrente al czarwich y á su jóven hermano: este carruaje llevaba un tiro de ocho caballos.

Los ministros, embajadores, generales, chambelanes, ayudantes, oficiales de ordenanza y la comitiva de entrambos soberanos ocupaban los demás carruajes, cerrando la marcha el escuadron de lanceros.

A las cinco en punto el cortejo llegaba ante la columnata del Louvre, atravesaba el patio interior y la plaza del Carrousel y hacia su entrada en Tullerías.

La emperatriz, acompañada de la gran duquesa Maria de Rusia y de la princesa Matilde, y seguida de toda su servidumbre, habia salido al encuentro del czar y del emperador al pié de la escalera principal del palacio.

Los dos emperadores y los príncipes pasaron al salon del primer cónsul, donde tuvieron lugar las presentaciones, y seguidamente el czar se dirigió á su habitacion dispuesta en el Eliseo.

El trayecto de Tullerías al Eliseo ofrecia un magnífico espectáculo. En la grande avenida de los Campos Eliseos todos los coches de lujo que tiene Paris, y entre los cuales se distinguian especialmente los de la antigua nobleza, que esta vez habia querido lucir sus pompas mundanas, se habian aglomerado en compactas filas, dejando el centro de la calzada libre, en tanto que las alamedas laterales esta-

ban cuajadas de gentes. Por todas partes las bandas de música militar tocaban el himno nacional ruso.

Algunos instantes despues de su llegada al palacio del Eliseo el czar fué con sus hijos y las personas de su comitiva á la iglesia rusa, donde fué recibido por el pope.

Aquella misma noche el emperador Alejandro asistia á la funcion del teatro de Variedades, para lo cual habia tenido la precaucion de enviar desde Colonia un parte telegráfico á fin de asegurarse las localidades. En este teatro se representa con un gran éxito una opereta de Offenbach, de la que hemos hablado á su tiempo á nuestros lectores, y cuya celebridad es debida á ciertas burlas que no es del caso calificar aqui, sobre el ejército prusiano. El emperador Alejandro permaneció hasta el fin de la funcion, y concluida esta se paseó con la curiosidad de un extranjero por los pasajes y los bulevares.

El día siguiente habia las grandes carreras de la temporada en el bosque de Boulogne, aquellas en que se disputa el premio anual de 100,000 francos; y si á este aliciente se agrega el del espectáculo que debia presentar la tribuna imperial, pues esta fiesta era una de las señaladas en el programa, fácil es concebir que la reunion seria extraordinaria.

Con efecto, desde por la mañana todos aquellos que consagran el domingo á las excursiones campestres, prescindieron de esta diversion tradicional, y reforzando á la concurrencia ya crecida de suyo que llaman las carreras, presentaron una aglomeracion que segun el cálculo del diario oficial del Imperio, que es el que nos sirve de indicador principal en el detalle de estas relaciones, no bajaba de 400,000 personas.

Ocupaban pues la tribuna imperial: el emperador de Rusia, el emperador de los franceses, el rey y la reina de los belgas, el gran duque heredero de Rusia, el gran duque Vladimiro, el príncipe real de Prusia, la gran duquesa Maria de Rusia, la princesa Eugenia y el duque de Leuchtenberg, la princesa Matilde, el príncipe Herman de Sajonia Weimar, el príncipe Federico de Hesse, la princesa Luciano Murat y el príncipe Mambu-taiho.

El exterior de la pista se hallaba invadido por una quintuple fila de aristocráticos carruajes, y las tribunas de á 20 francos el asiento, eran demasiado estrechas para contener la masa de espectadores.

En cuanto á la gran peripetia de esta funcion tan favorecida por la moda, ha dado un solemne chasco á los que se precian de inteligentes, pues el triunfo ha sido para un caballo que lejos de ser el favorito no habia merecido mas que los desdenes de los sportmen. En la primera carrera llegaron al mismo tiempo *Patricien*, de M. Delamarre, y *Fervaques*, del conde de Montgomery, y entrambos señores convinieron inmediatamente en hacer una prueba decisiva, en la cual salió triunfante *Fervaques*, dando con tal victoria á su feliz dueño mas de dos millones de francos.

El lunes el emperador de Rusia visitó la Exposicion universal y convidó á almorzar al emperador de los franceses en el pabellon ruso; y en la noche de hoy mártes tendrá lugar la funcion de ceremonia en el teatro de la Grande Opera. El teatro se está trasformando en un jardín, y es seguro que jamás se habrá visto en Paris una representacion tan brillante como la que se prepara. Así se hacen pagar las escasas localidades que han quedado para el público: esta mañana hemos visto adjudicar una butaca por mil francos.

Mañana se espera al rey de Prusia con su celeberrimo ministro M. de Bismark, y el juéves habrá una gran revista en el bosque de Boulogne.

De todas estas fiestas y las subsiguientes en Tullerías, en el Hotel de Villa, en Versalles y en Fontainebleau, daremos cuenta oportunamente á nuestros lectores.

El viaje del sultan continúa siendo el objeto de las conversaciones. Parece ser que los musulmanes se muestran muy opuestos á semejante excursion; pero tambien se dice que Abdul-Aziz no quiere tomar en cuenta esta oposicion que excitaban los ulemas y quizás tambien algunos de sus ministros. El sultan vendrá pues y con mucho aparato, escoltado de una parte de su guardia, cuyo uniforme es brillantísimo. Traerá tambien tres de sus caballos de silla favoritos, el uno blanco, el otro color de café con leche, y el tercero negro como el azabache.

«El sultan, dice el periódico el Norte, monta sus caballos con la antigua silla de los califas de borlas de oro. Una tela de púrpura cubre las ancas del caballo y sostienen las borlas de oro personas de la comitiva. Aunque el sultan es hombre muy sencillo y casi siempre viste de paisano, habiendo abandonado la pluma de brillantes que en otro tiempo adornaba su fez, segun el uso tradicional, se cree que en Paris para las revistas y fiestas oficiales se pondrá sus vestiduras de aparato.»

Tambien se dice que traerá consigo su música militar, y si todo esto es cierto, volveremos otra vez á la cifra de quinientas personas de comitiva, que se habia desmentido como exagerada.

Pero abandonando ya este capítulo hasta la semana próxima, dirijámonos hácia la Exposicion universal, que lejos de estar abandonada por los curiosos tiene una concurrencia diaria que varía de 80 á 100,000 personas.

Antes de entrar el visitante se detiene actualmente en el puente de Iena y en las inmediaciones del Campo de Marte para admirar un buque de pocas dimensiones, pero de graciosa y elegante figura. Es el yacht de vapor húngaro *Habileany*, ó sea *Hija de las olas*, perteneciente al conde Edmundo Szechenyi. Este buque llegó á Paris el 18 de mayo, despues

de un viaje de cuarenta y dos días, verificado de un modo raro, bajo la direccion de su noble propietario, capitán habilitado para navegar por el Danubio, á quien acompañó en calidad de segundo M. Aloise Follman, individuo del Rowing-Club *Concordia* de Pesth. Componian la tripulacion un fogonero y otro operario, y dos marineros, uno de los cuales, de edad de doce años escasos, hacia al mismo tiempo de cocinero.

Este yacht, que figura en la clase marítima de la Exposicion universal, mide 20 metros de largo por 2 metros 33 centímetros de ancho, y su máquina tiene la fuerza de seis caballos. Su forma externa es muy graciosa; está pintado de blanco con molduras y adornos dorados. Su interior reúne todas las comodidades apetecibles; tiene salon con divanes, un piano y una librería, una sala, dormitorio y cocina.

Esta es la primera vez que un buque ha hecho la travesia desde Pesth á Paris, y la primera vez tambien que se ve en Paris un buque con bandera húngara, el cual ha verificado el viaje por el Danubio, por el canal Luis (Danubio al Mein), por el Mein, el Rhin, los canales franceses y el Sena.

En Francfort, personas competentes en la materia, habian predicho que el yacht no podria atravesar el Rhin sin correr grandes riesgos, y aconsejaban que se echase mano de un remolcador; pero el conde Szechenyi, confiando enteramente en el valor y en la constancia de su tripulacion y en la excelente máquina del buque, no hizo caso de esos consejos y prosiguió su ruta. El yacht fué construido en los talleres de Pesth, y estos días será examinado por el jurado internacional.

Es de advertir que el conde Edmundo Szechenyi, que es hijo del grande hombre de Estado de Hungría Estéban Szechenyi, realizó anteriormente otro viaje no menos peligroso que el que acaba de hacer, dirigiéndose desde Rotterdam á Pesth por el Rhin y el Danubio en un barquichuelo que condujo él mismo á remo.

Sin detenernos hoy en la exposicion marítima, penetremos en el recinto del parque, donde á excepcion de varios establecimientos como el pabellon japonés, la mezquita anglo-india, los invernaderos y el grande aquarium marino, todo está ya terminado, formando un conjunto de un interés sumo.

El jardín reservado es un lugar de delicias. Cuatro ó cinco veces se ha trasformado ya como por encanto. Las flores de todas clases se suceden allí sin interrupcion, mostrándose siempre con toda su lozanía, pues al punto que comienzan á marchitarse se reemplazan.

El gran invernáculo donde han reunido todas las plantas premiadas es una maravilla: jamás se han visto reunidas en Paris tantas plantas tropicales.

La cascada formada por una montaña artificial, del efecto mas pintoresco, arroja un gran volumen de agua en un lago que alimenta el rio, y debajo de los peñascos se encuentra el aquarium de agua dulce, poblado de peces de toda clase y dispuesto con tal habilidad, que el visitante no se cansa de admirarlo.

Este jardín y el parque han venido á ser los sitios predilectos de los que concurren á la Exposicion frecuentemente. La explicacion de esta preferencia es muy sencilla: una vez que se han recorrido las galerías del palacio, que se han examinado los principales objetos expuestos, lo que se consigue en pocas visitas, el espectáculo pierde mucho de su interés, en tanto que en los jardines á cuyo frente figuran los establecimientos culinarios de los distintos países del globo ofrecen siempre el interés de un paseo en donde circulan con toda libertad miles de personas procedentes de todos los lugares de la tierra. Cada restaurant ofrece á sus nacionales los productos del país, condimentados á su modo, y servidos por mozos y mozas que llevan el traje característico. Nada mas curioso que esta variedad de manjares y de trajes. Aqui la maja con su basquiña de color de rosa y sus volantes de blanca, allí las holandesas, con sus gorros de oro, las dálmatas con sus bordados corpiños y sus ricas sayas orientales, las bávaras con sus cortos justillos de cien colores, y la Gran Bretaña que ha hecho una exposicion de rubias beldades. Nadie se cansa de recorrer la inmensa galería exterior, donde se admira tan agradable y pintoresca confusion de nacionalidades tan diversas.

Luego hay tambien en el parque diversas funciones muy propias para despertar el interés de los paseantes, como por ejemplo, los conciertos que dan en el círculo internacional el célebre Johann Strauss, director de música de los bailes de la corte imperial y real de Austria, y M. B. Bilse, musikdirector de S. M. el rey de Prusia, con su orquesta de 60 músicos alemanes.

Esta orquesta, la mas notable de Viena, se compone de grandes profesores, todos ellos solistas de talento, y que interpretan admirablemente la música de los maestros clásicos, Beethoven, Haydn, Mozart, y sobre todo la de su director Johann Strauss. Los walses y las polkas se oyen con gran aplauso.

En suma, el parque de la Exposicion universal presenta á cada paso distracciones de todo género.

Los periódicos de esta semana dan cuenta de la primera ascension científica que habia sido anunciada para el juéves último, día de la Ascension, y que tuvo lugar en el Hind-dromo, en medio de una inmensa afluencia de espectadores. Esta ascension, que se ha efectuado sin accidente, es de buen presagio para las experiencias científicas que se preparan.

Un diario local, la *Abeja de Fontainebleau*, trae los pormenores siguientes acerca de la bajada de los viajeros.

« El jueves, día de la Ascension, la poblacion de Fontainebleau descubrió en su cielo á eso de las siete y media, el magnífico globo imperial, que se habia elevado en Paris á las cinco y media.

» Era la primera ascension científica de M. Camilo Flammarion, astrónomo, y presidente de la Sociedad aerostática y meteorológica de Francia.

» El globo se elevó sobre Paris á una altura de 666 metros, que varió poco durante todo el viaje, pues el objeto era observar á esta elevacion, y con efecto, allí se hicieron observaciones meteorológicas por medio de instrumentos especiales.

» El globo habia pasado por detrás del Observatorio y atravesó tres veces el Sena: luego dirigiéndose hácia el Marne, llegó sobre el bosque de Fontainebleau. Ya desde Melun los viajeros notaron una tormenta al sudeste. El trueno estallaba en la zona en donde estaba el globo, y grandes relámpagos surcaban por momentos esta region. La corriente que arrastraba al globo se dirigia mas y mas hácia la tormenta como por atraccion. Al atravesar el valle de Solle, marchaban hácia las nubes, y encima del Monte Pierreux, finas gotas de lluvia pegaban ya en el globo. Así fué que tuvieron que pensar en la bajada. El hábil aeronauta del emperador, M. Eugenio Godard, que dirigia la marcha, supo elegir perfectamente el punto donde debian tocar la tierra. Atravesando el sudoeste de la ciudad, operó una feliz bajada en el llano de los Pinos, en la hermosa alameda que prolonga el jardin Inglés. Inmediatamente despues estalló la tempestad; pero gracias al benévolo auxilio de la gente, pudieron desinflar el globo con rapidez, y ponerle al abrigo del mal tiempo. Sin la tormenta, el viaje habria podido prolongarse aquella noche hasta la madrugada siguiente. El globo, que marchaba desde la salida de Paris con una velocidad de 300 metros por minuto, bogaba á razon de 550 metros desde la selva de Senart, de 580 al llegar á la estacion de Lieussaint, y de 622 á la bajada, velocidad superior á la de un tren ordinario.»

Los teatros de Paris tienen este año un verano excepcional, y como la entrada es segura, se guardan muy bien de hacer gastos para poner en escena nuevas producciones. Todo lo mas antiguo del repertorio sale á relucir hoy en honor de los extranjeros de todas las naciones.

En el Vaudeville se ha resucitado la *Dama de las Camelias*, con madama Doche por protagonista, esto es, la misma actriz que desempeñó el mismo papel cuando se estrenó esta célebre obra de Alejandro Dumas, hijo. Sin embargo, de aquella época á nuestros dias han trascurrido muchos años, y la bella cortesana, llamada Margarita Gauthier, necesitaria una intérprete mas jóven. Madama Doche, á pesar de su incomparable talento, no se encuentra ya á la altura del papel que desempeña. De todos modos, la pieza se aplaude con el mismo furor que en sus primeros tiempos.

Por este estilo son las *novidades* que ofrecen en la actualidad los demás teatros parisienses.

El sábado próximo se abrirá el teatro internacional del Campo de Marte, donde hay preparadas tres funciones completas. En el cuerpo de baile de este teatro figuran bailarinas de todas las naciones: españolas, francesas, inglesas, italianas, austriacas y rusas. Ya daremos cuenta á nuestros lectores del éxito que obtiene este espectáculo.

MARIANO URRABIETA.

## Poesía.

### EL EPITAFIO DE LA DONCELLA.

TRADICION ESCANDINAVA.

Zagaleja idolatrada  
Que saliste con la aurora  
De la rústica morada:  
¿Por qué tu mano nevada  
Rojiza la miro ahora?  
¡Ay madre!... ¡torpes antojos!  
Cuando el alba lloró perlas  
Dos rosas vieron mis ojos...  
¡Qué hermosas! quise cogerlas,  
Y me clavé sus abrojos.  
Otra vez por la mañana  
Corriste niña á los prados  
Que el aura fresca engalana.  
Mas... ¿por qué tan encarnados  
Vuelven tus labios de grana?  
¡Madre mia! ¿no adivinas?  
¡Si ocultarlo no les plugo!  
Fuí al bosque á coger nebrinas,  
Y al comerlas — muy ladinas —  
Los tuvieron con su jugo.  
Creciendo su dulce anheló,  
Nuevamente la doncella  
Buscó al corazon consuelo,

Cuando todavía el cielo  
No apaga su ultima estrella.

El alba pasó gozosa...  
Mas la pobre zagaleja  
Volvió á su hogar silenciosa,  
Pálida, triste y llorosa  
Suspirando amarga queja.

Su madre la recibió  
Con cariño puro y santo  
É inquieta la preguntó:  
Querida, ¿dime si yo  
Puedo enjugar ese llanto?

En vano; la desventura  
Desgarra mi corazon;  
Abreme una sepultura,  
Y sobre la losa dura  
Haz grabar esta inscripcion:

« Un dia — dia menguado —  
Sus manos rojizas ví;  
Un zagal apasionado  
Se las habia estrechado  
Con amable frenesi.

Otra vez sus labios rojos  
Ví subidos de color...  
Fué porque el zagal de hinojos  
Con cariños antojos  
Les imprimiera su amor.

De nuevo volvió otro dia  
Llevando el sello en su faz  
De triste melancolía...  
Su amante... no la queria...  
Fué traidor... Descanse en paz. »

FILIBERTO ABELARDO DIAZ.

## Exposicion universal de 1867.

LOS MUEBLES.

La inmensa galería de los Muebles, cuya cabeza forman las Manufacturas imperiales (véanse los números 748 y 749), es por sí sola, dentro de la Exposicion, una exposicion especial, enciclopédica y pintoresca, cuyo catálogo exigiria un grueso volumen.

El mueblaje, lo mismo que el estilo, es el hombre, el hombre con sus hábitos, sus gustos, sus elevaciones, sus flaquezas, toda su vida interior, en una palabra, que aparece visible y tangible, revelacion individual para el espectador superficial que mira y pasa, leccion social para el observador atento que examina y se detiene. Nosotros no nos detendremos mas que el tiempo preciso para formular la apreciacion sumaria y concienzuda que nos impone el limitado espacio de que disponemos, y para hacer constar que si en todas las demás partes del Campo de Marte, lo que tenemos á la vista es el progreso, esto es, la civilizacion erguida y en marcha, aquí lo que llama nuestra atencion, son las costumbres, esto es, la civilizacion sentada y en su casa.

Lógicamente pues, abren la marcha los muebles. No sabemos, sin embargo, si este término genérico, aplicado únicamente á los productos de la ebanisteria, expresa con toda exactitud la idea correspondiente; pues no solo los productos de las demás industrias del mismo grupo (bronces, objetos de plata, espejos, cristales, porcelanas, alfombras, papeles pintados, aparatos de alumbrado y de decoracion) se encuentran á cada paso mezclados con los muebles propiamente dichos, para completarlos y guarnecerlos con accesorios sin los cuales no habria cama, ni asiento, ni mesa, ni armario; sino que la solidaridad del uso no es nada aun comparada con la de la produccion, cuyas exigencias han venido á ser tales que todas estas industrias, al participar de los mismos destinos, se hallan matemáticamente sometidas á las mismas influencias y á los mismos cambios; que lo que modifica la una modifica las otras en proporciones idénticamente semejantes, y que no se podría aplaudir un perfeccionamiento ni deplorar una inferioridad en tal ó cual ramo de estas profesiones, sin estar ya seguro del momento en que habrá que registrar el resultado análogo en toda la línea de la industria del mueblaje.

Nada seria á la vez mas interesante y fácil que estudiar esta marcha similar de la accion del gusto bueno y el malo en media docena de industrias; pero el trabajo seria largo tambien y además inútil, pues sobre que una exposicion es el presente y no el pasado, lo que tenemos que decir de los muebles se aplicará á todos los grupos comprendidos en la clase de que ellos forman parte.

Algunas antiguas glorias de las precedentes exposiciones que mantienen su superioridad con obras incomparables; la verdadera ebanisteria parisiense apenas representada; una infinidad de tentativas insensatas, precios inauditos, formas imposibles, procedimientos maravillosos que arrojan de sí resultados deplorables, tal es el balance general, y daremos pruebas. El lujo ha creído llegar á la suma perfeccion, y no ha hecho mas que

alcanzar el ridículo: se sobreentiende que hablamos del falso lujo, del que enerva las inteligencias del mismo modo que corrompe los corazones; con efecto, nada es nuevo en este mundo, y el monstruo ha caído sobre muchas industrias: es aquel mismo del que hablaba el gran poeta de una época de decadencia: *Luxuria incubuit*.

Aquí está el mal, aquí está la tendencia que pierde y que deprava á las generaciones obreras en el mismo instante en que, mejoradas las instituciones, desarrollada la instruccion y facilitadas las comunicaciones, parece que deberia ser menor cada dia la distancia que separa al trabajador del artista. Creemos que los periódicos dedicados como este á las vulgarizaciones intelectuales, tenían, en presencia de un concurso internacional, el imprescindible deber de señalar las malas vias que emprende tal ó cual industria, y por esto decimos que las tendencias que reprobamos son tan perjudiciales para las industrias representadas como para la utilidad pública. Si todas nuestras casas fueran palacios, si los fabricantes de muebles no tuviesen otros parroquianos que los millonarios, comprenderiamos esa afición á lo espléndido y esa fecundidad de produccion mas que lujosa; pero no es así, y aun, sin exigir que los obreros inteligentes solo trabajen para las fortunas medianas, es de sentir que tres años de preparacion solo hayan llevado al concurso esas obras imponderables de escultura, esos mosaicos, esa multitud de cincelados microscópicos, esa joyería de madera, si está permitido hablar así, esos muebles hechos sin duda para figurar entre cristales, pues no han podido ser fabricados para el uso.

Además, ¿quién los usaria? Hasta aquí habiamos creído que únicamente la Gran Bretaña tenia el monopolio de los armarios como sacristías, de las camas como capillas, de los asientos como sillas de coro; y esta conviccion se aumentó desde los primeros dias de la Exposicion, á la vista de un mueblaje de arce con almohadillado azul, el *non plus ultra* de los dormitorios, y de dos ó tres piezas gigantescas, orgullo del West-End, destinadas sin duda á amueblar alguna pagoda india abandonada, ó el interior de la gran Pirámide. Pero los ebanistas de Paris no habian instalado aun sus productos, y hé aquí que en el dia compiten cumplidamente en la construccion de esos muebles monumentales que llaman modestamente aparadores, bibliotecas, chimeneas, etc.

Luego vienen los tapiceros, ostentando en los mejores puestos mueblajes completos para las señoritas de *high life*; luego los traficantes en curiosidades que ajustan, arman y doran los objetos que llenan sus tiendas; antiguos broncees, antiguos púrdidos, antiguas lacas, antiguos cristales, todo ello de valor, sin duda alguna, pero que no sabemos lo que significa en la Exposicion de 1867, pues los jarrones del Japon, las lunas de Venecia, la ferreteria de Luis XIII y los bustos del último siglo, no son cosas que, á nuestro parecer, entran en el dominio de la ebanisteria.

Luego... pero ¿á qué multiplicar tales ejemplos? Preciso es que haya un poco de todo en una exposicion como esta; y además las felices y numerosas compensaciones que nos ofrece la gran mayoría de los expositores, deben hacernos indulgentes respecto de las ambiciones engañadas.

Hablemos pues de lo que es digno de elogio.

Desde luego citaremos (pues no podemos describir, y casi se necesitaria un artículo para cada uno de ellos) las dos exposiciones de MM. Fourdinois y Gueret, hermanos, las dos casas por excelencia, los dos supremos é incontestables vencedores de 1867, el primero, en cuanto á la magnificencia extraordinaria, el acabado de las esculturas, la ideal perfeccion de dibujo y de forma que distinguen su mueblaje de nogal renacimiento, la obra maestra no solo de la ebanisteria de 1867, sino de toda la Exposicion, el mueble mas hermoso que, á nuestro juicio, ha producido la mano del hombre; los segundos, por el conjunto de piezas que han presentado, todas ellas notabilísimas, de un estilo siempre elegante y severo, y sobre todo de una escultura que es el arte, de un precio, en fin (y esto es importante, cuando se piensa que el mueblaje de M. Fourdinois vale 35,000 francos), que pone al alcance de las opulencias inteligentes, ciertos muebles como la biblioteca de peral ennegrecido, el aparador con una Diana en alto-relieve que no tiene rival, y el barómetro de tilo esculpido, grande como un cuadro ordinario, pero en el cual catorce meses de cincel han realizado el ideal de la escultura en madera. Hé ahí nuestras preferencias, y tambien las de todos los artistas.

P. A. R.

(Se continuará.)

## La exposicion de Billancourt.

La agricultura ocupa seguramente un gran puesto en la Exposicion universal; mas sin embargo, sea cual fuere el espacio atribuido á los instrumentos y productos agrícolas en el Campo de Marte, este espacio debia forzosamente ser insuficiente para la exhibicion tan variada y considerable de uno de los ramos mas esenciales de la fortuna pública, que debe estar representado por instalaciones, establecimientos enteros, muestras de animales, tipos de cultivos é industrias consiguientes. Conciliar los intereses de la agricultura con las exigencias

y los intereses de tantos otros productos llamados al concurso, era cosa imposible.

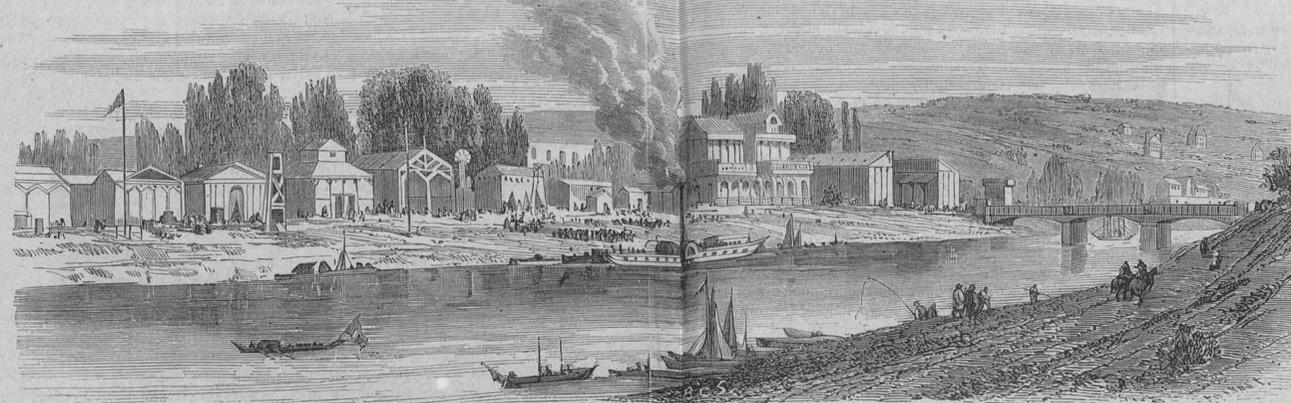
¿Cómo, en efecto, dar en el Campo de Marte el desarrollo necesario á esas máquinas gigantes que siembran, siegan y limpian; cómo hacerlas maniobrar á los ojos de los incrédulos ó de los ignorantes; cómo presentar á los ojos de esos mismos incrédulos é ignorantes, las razas de animales mejorados gracias á los cruzamientos bien entendidos y á los inteligentes cuidados; cómo, en fin, unir á la teoría contra la cual hay tantas preocupaciones en los campos, las irrefutables demostraciones de la experiencia?

Tales son las consideraciones que han determinado la exposición de Billancourt.

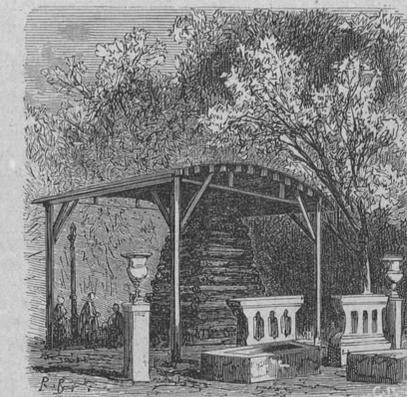
Esta isla, situada á algunos



Pabellon meteorológico.



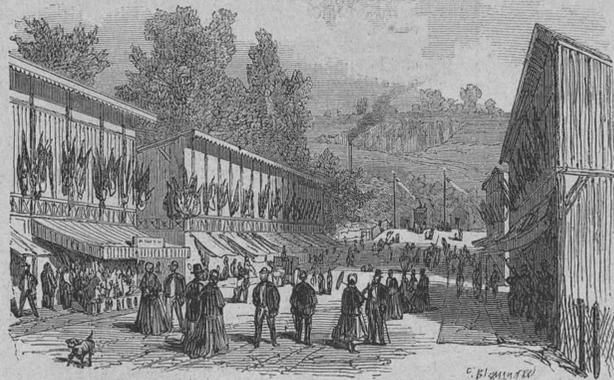
EXPOSICION UNIVERSAL. — Exposicion agrícola de Billancourt: vista general exterior.



Exposicion de tubos y cacharros.

minutos de Paris, pintorescamente rodeada por las cuevas de Meudon, tan accesible por los vapores y por el camino de Versalles, ha sido entregada á los expositores de la agricultura, la arboricultura y la viticultura. Los competidores para las mismas recompensas serán juzgados por el mismo jurado, sea cual fuere el sitio en que hayan expuesto, Campo de Marte ó Billancourt. Billancourt es pues un anejo del Campo de Marte, y aun podemos decir que es su complemento.

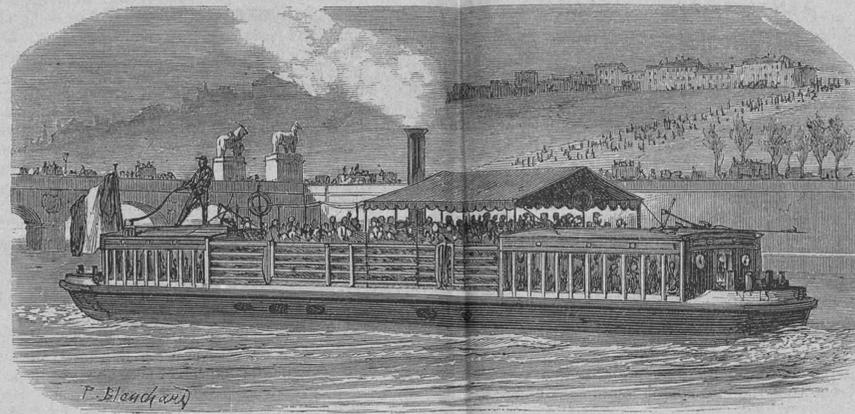
La superficie entera de la isla, que mide 300,000 metros cuadrados de terreno, se ha apropiado maravillosamente á su destino. Cobertizos de tabla simétricamente elevados, representan el edificio principal de la Exposicion; al extremo



Calle central.

se hallan los establos, formando un cuadrado inmenso en torno de un espacio reservado para el patio. Y luego á derecha é izquierda, en las márgenes del río, debajo de los árboles, en medio de alfombras de verdura, pabellones, kioscos y casas rústicas, aparecen muestras de explotaciones agrícolas, el gabinete del agricultor con libros de contabilidad y de estudio, aparatos para cocer legumbres, etc.

A la derecha la maquinaria de la labranza se presenta en orden de batalla enfrente del llano que debe trasformar cuando llegue la hora del trabajo. Mas lejos, al extremo de la isla, MM. de Crombecq, Vilmorin y Bignon han expuesto muestras de grandes cultivos. Por último, en el centro y bañadas por el sol, hay instala-



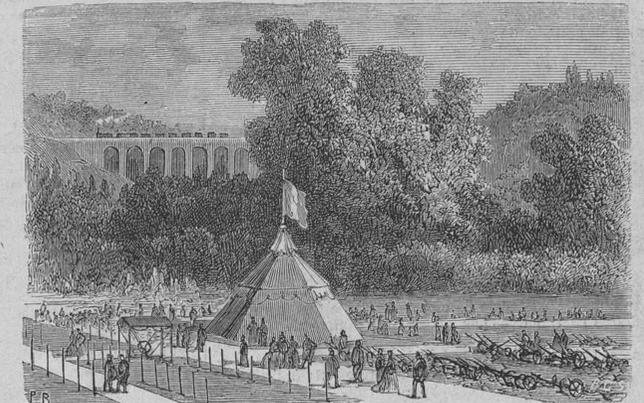
Servicio de los barcos-omibus en el Sena.

ciones agrícolas donde se admiran alamedas graciosamente dibujadas, vistosas flores, y árboles cortados para producir sabrosa fruta.

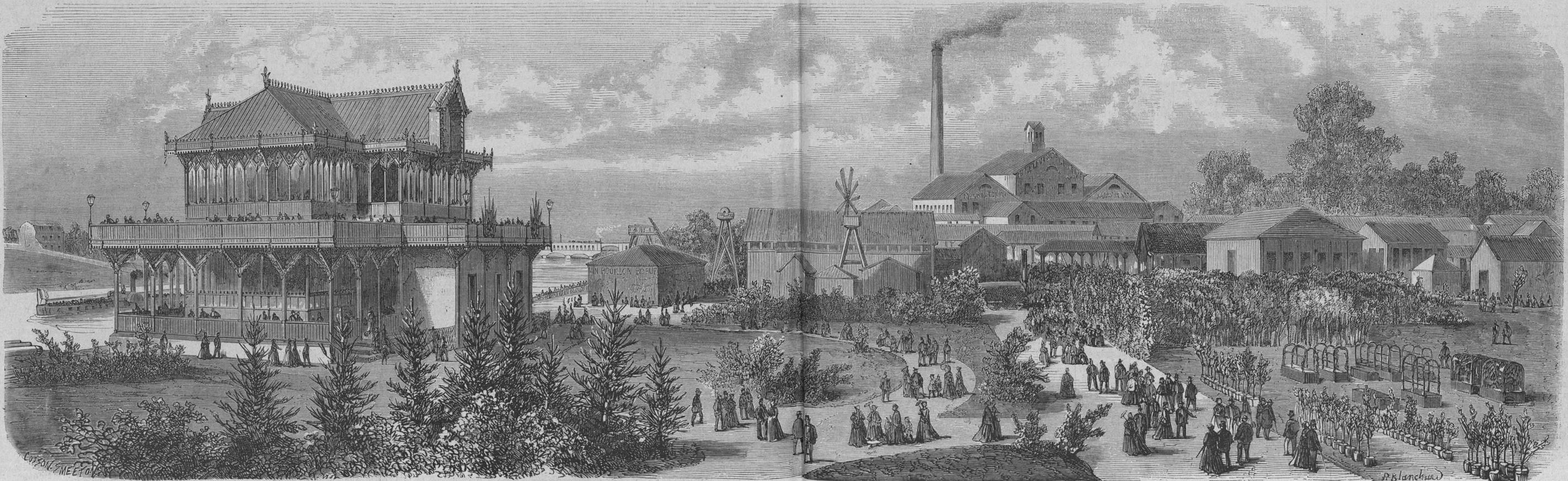
Es de sentir que en esta exposicion no se haya dado mas ancho campo á las hortalizas.

No hay duda que las flores tienen su mérito, y no seremos nosotros los que pongamos en duda la utilidad de la pera y la manzana en un jardín; pero ¿por qué no se han de proclamar también los adelantos que se hacen en el cultivo de la col, el nabo y la zanahoria?

En cuanto á las máquinas, todas las que se hallan expuestas en el Campo de Marte, figuran igualmente en Billancourt, con la diferencia de que en este último punto se presentan en condiciones mas favorables para el exámen. Aquí



Campos de cultivo é instrumentos aratorios.



Exposicion universal agrícola de Billancourt, vista general por el lado del Este.

se pueden estudiar en todos sentidos, en reposo y en acción, sin que el observador se halle molesto por una muchedumbre de curiosos. Entre los aparatos más ingeniosos que funcionan diariamente, se cuenta el *trieur Josse*, para limpiar el grano. El sistema de este aparato, que se emplea ya en las grandes manutenciones, está basado en el juego de los ángulos combinado de tal modo, que por el movimiento del tamiz, las piedras y materias pesadas caen en la parte baja, en tanto que las pajas y los residuos ligeros son arrojados hacia arriba.

La fabricación extranjera se halla dignamente representada en Billancourt por los señores Howard, Ransoms y Sims y Pilter. La exposición inglesa se distingue desde luego de la francesa, porque los ingleses componen sus instalaciones de colecciones menos numerosas y más variadas de instrumentos; pero entran en la arena con máquinas más considerables.

Las exposiciones de animales y los concursos de instrumentos agrícolas dan á Billancourt un interés particular.

Los animales han sido divididos en catorce series que se sucederán de quincena en quincena, de abril á octubre. Las cuatro primeras series han sido muy satisfactorias, principalmente por lo que toca al ganado lanar.

En cuanto al concurso de instrumentos agrícolas, ha comenzado en abril, y se continuará hasta agosto: las pruebas efectuadas han demostrado una vez más el saber de los ingleses en materia de experiencias.

Verdad es que los ingleses se han presentado en el concurso con todos los elementos que podían asegurarles el buen éxito. Hasta han traído á Francia su personal y su ganado de labor, el mismo que emplean en sus campos, en tanto que los franceses, ni en hombres ni en animales han hecho lo mismo. Sin embargo, aun están á tiempo los franceses para aprovechar la lección, pues quedan algunos meses de experiencia.

L. DE G.

## Revista de la moda.

SUMARIO. — Abundancia de novedades en estos tiempos de fiestas continuas. — Las modas de la temporada. — Enumeración de distintos trajes. — Prendidos fotografiados en el gran baile de la embajada de Inglaterra. — Modelos de confecciones, vestidos y sombreros fotografiados en las galerías de la Exposición universal. — Los sombreros á la orden del día. — Descripción del figurín de este número, que resume las últimas creaciones de la moda.

Paris está de baile continuo, lo mismo que sucede en el corazón del invierno. Bailes en Tullerías, en el Hotel de Villa, en las embajadas, en los ministerios; en suma, tienen tarea las modistas.

Ya daremos á conocer á nuestras lectoras los prendidos más notables que se han distinguido en estas grandes fiestas; pero no por esto queremos descuidar las novedades de la temporada, que no faltan por cierto á la entrada de esta estación de verano.

Principiemos pues por estas novedades.

Hemos admirado estos últimos días bonitos trajes claros, compuestos de una falda de tafetan blanco con menudos filetes formando cuadros, y á todos esos vestidos acompaña un paletó de la misma tela.

La falda de debajo es de tafetan azul y se ajusta al cuerpo compuesto como una camisa rusa. La falda azul remata con dos volantes puestos sin pliegues, y la otra, ondeada oblicuamente, va orlada también de azul.

El paletó es á ondas, y un sesgo orlado de azul sigue todo el contorno. El escote de la camisa rusa está cortado á ondas, y el adorno se compone de cinco sesgos puestos sobre el delantero del cuerpo, en las sisas de las mangas y en las bocamangas. La espalda de este paletó está guarnecida con un sesgo que forma cintas enlazadas.

La misma tela, empleada sobre viso de tafetan verde, compone un lindísimo traje. La falda blanca de larga cola va fruncida y recogida por los lados, dejando á descubierto el delantero de la falda verde que rodea con un ancho sesgo de franja. Las ondas de la falda de tafetan blanco están ribeteadas de seda verde.

Este vestido largo está recogido por detrás con un botón sujeto al talle, de cuya manera se tiene á su voluntad un traje corto ó largo. El paletó, que es de la misma tela, no lleva mangas y deja pasar la manga verde de la camisa rusa.

Otro traje no menos elegante se compone de dos faldas. La una es azul y está guarnecida de un doble volante ondeado, con ruló de tafetan negro. Un sesgo igual figura á la cabeza de cada volante. La otra falda gris es de tela *chinée* lana y seda con orla ondeada, y adornada con un ruló negro y gruesas perlas de azabache.

El paletó correspondiente de forma derecha, está hecho con una pequeña esclavina abierta por delante y en los hombros. Los contornos están guarnecidos con un ruló, y hay bolsillos en el delantero y largas cintas de pasamanería por detrás. Las mangas de este paletó tienen aberturas que dejan aparecer la tela azul.

Un traje enteramente de primavera se compone de una falda de fular blanco adornada con dos volantes de fular

azul, casi lisos. Un ruló de raso blanco forma la guarnición de cabeza. Unas picas que rematan en capucha tienen también ribeteado de raso blanco el extremo. La misma disposición guarnece el delantero del vestido y la parte opuesta. Las picas van subiendo por el lado, habiendo una larga que sostiene tres pliegues. Cada pica lleva franja.

Entre los vestidos muy elegantes también, citaremos un traje redondo de tafetan malva: falda sin pliegues en el talle, con un plegado de seis centímetros orlado de blanco y puesto á doce centímetros del bajo de la falda.

Esta falda malva se halla cubierta en parte con una túnica de encaje abierta por el delantero, hecha con diez paños sesgados y ondeados unidos por un entredos perlado puesto sobre viso malva. Sobre el montante hay clavos de azabache. En los dos delanteros abiertos de la túnica, hay un pequeño rizado de encaje y una hermosa borla perlada al extremo de cada entredos.

El paletó de encaje, hecho con montantes, cubre solo el cuerpo de otro paletó de tela malva, cuyas bocamangas llevan carteras cuadradas.

Penetremos ahora en los salones de baile.

En la gran fiesta de la embajada de Inglaterra, se admiraban, entre otros, los siguientes trajes:

Un vestido compuesto de un bajo de falda de raso blanco, cruzado al sesgo por entredos de blonda rosada. El alto de esta blonda era gris de poult de seda, y describía á 30 centímetros del borde de la parte de raso blanco los contornos de una túnica de cola, redondeada por detrás y formando por delante un delantal marquesa, á cuyos lados caían las puntas de una faja de tul rosa que rodeaba el talle y estaba prendido con rosas. En el bajo, blonda rosada bastante alta, sembrada de cristal. Corselete de raso rosa, orlado de blonda bordada de cristal; mangas perdidas de tul rosa, terminadas por una blonda blanca; cuerpo posterior blanco y rosa de tul, formando grupo de cinco pliegues blancos y cuatro pliegues rosa.

Otro vestido era en el bajo de raso verde moro (este último color se halla muy en boga, y sobre este raso había tul verde abullonado formando rombos, cuyos ángulos marcaban otras tantas perlas en forma de pera, de color verde esmeralda.

Otro vestido era rosa, cerrado con una falda de raso velado de tul blanco listado con entredos de blonda rosa; en el bajo de la falda de raso rosa, había un alto encaje cosido llano, pero recogido de trecho en trecho con ramos de rosas.

Una ancha cinta de raso rosa hacia las veces de cinturón oriental, que formaba un lazo de largas puntas bordadas de cristal y recogía la túnica de tul blanco.

Sobre este lazo un ramo de flores.

Corselete rosa, abierto por delante y por detrás, y guarnecido de encaje de Inglaterra.

Cuerpo interior de tul blanco plegado

Mangas perdidas de tul rosa.

Por último, había también otro vestido compuesto, sobre un viso de poult de seda blanco, de una falda de tul blanco, que tenía en el bajo un grueso abullonado sembrado de florecillas azules, y que subía cinco veces sobre las costuras de los paños de la falda.

El cuerpo, abullonado también, tenía por adorno las mismas florecillas.

Por delante y por detrás tres manojos de espigas formaban contraste.

Cinturón bordado de espigas de ancha cinta azul formando largas puntas á cada lado, y grueso lazo de cabos flotantes con espigas.

Mangas cortas de tul abullonado. En los hombros manojos de espigas, y en el cabello adorno de florecillas azules y de espigas.

Mucho tendríamos que decir esta vez sobre las nuevas confecciones, pero nuestro dibujante nos ahorra el trabajo con la lámina que se verá en la página 397, donde están representadas fielmente las novedades más notables de la temporada. Todas ellas, así como los vestidos que las acompañan, se han copiado en las galerías de la Exposición universal, y representan otros tantos modelos que deben hacer furor este verano.

En estas figuras se verán también los sombreros que hoy se usan, cada día más diminutos en sus proporciones, tanto que más que sombreros deberían llamarse adornos de cabeza.

En la actualidad principian á verse sombreros redondos con alas abarquilladas. Uno de los más lindos modelos que se han imaginado, es de finísima paja negra, y está adornado con una hermosa pluma que pasa del negro al blanco por medio de matices grises graduados. La pluma, sujeta con un grueso coral, ondula hacia atrás.

Otro sombrero redondo es de paja de Italia labrada sobre viso azul oscuro. Un manojito de trigo acompañado de una gruesa adormidera fijo en el sombrero, produce el efecto más gracioso. Otra adormidera se escapa del manojito como cayéndose del tallo.

Entre los modelos *fanchonnette* que se llevan mucho también, hemos admirado un modelo de tul abullonado blanco, que lleva en el delantero una bonita guirnalda de follaje, la cual reproduce los matices de la pluma del pavo real. Este follaje se prolonga y se cruza sobre cintas de tul. Unas largas perlas blancas caen detrás del rodete, y hay unas cintas de tafetan blanco que pasan por debajo.

Para concluir esta revista, hé aquí la descripción de nuestro figurín, que presenta, como de costumbre, dos trajes de suprema elegancia,

El primero se compone de un vestido de muselina bordada, con cola, de forma Imperio. El cuerpo princesa es escotado, y la manga corta va adornada con un plegado de cinta malva. El rededor del escote está guarnecido con una puntilla de encaje que sostiene una cintita malva.

Cinturón Dubarry compuesto de un lazo flotante, que acaba por delante y por detrás del talle con grandes cintas malva, las cuales se unen al caer sobre el vestido.

El bordado forma orla de falda y *quilles* que suben hasta la altura de la rodilla.

Tocado compuesto de un bandó de flores malva, y guante de cabritilla.

El segundo traje es de tafetan maíz de cola, y lleva un cuerpo escotado sin mangas.

Adorno de guipure prendido solo por arriba y pequeño jockey.

Al rededor del cuello, cinta maíz más oscura que se reúne á cada lado con un grueso lazo colocado bajo el brazo por el lado izquierdo, y se pierde en unas puntas-faja iguales al vestido.

Tocado compuesto de un bandó en armonía con el traje, y guante de cabritilla.

M. P.

## Intriga y furor.

(Continuacion.)

En tanto que la encantadora señorita \*\*\* permanecía de pie y en actitud pensativa, con la cara directamente vuelta hacia M. Warningham, profería este en voz baja y trémula: «¡Oh hermosa, hermosa criatura!» Oyóla la señorita \*\*\* y le miró con alguna sorpresa, permitió á sus facciones una débil sonrisa, y con un suave meneo de cabeza, como para indicarle que no hiciese por distraer su atención, apartóse para continuar su papel. M. Warningham temblaba violentamente, imaginándose que alentaba sus obsequios, y que Dios sabe cómo habría reconocido en él al autor de los versos. Terminada la función, bajó como la otra vez precipitadamente á la puerta del vestuario, donde mezclado con los curiosos corrillos que allí suelen hallarse, aguardó hasta que hizo ella su aparición, envuelta igualmente en un gran pañuelo, pero seguida solo de una criada que llevaba un cofrecito de lazos. Tomaron un coche de alquiler, y aunque M. Warningham había venido allí con deliberada intención de hablarla, tenía de tal modo trabadas sus rodillas y estaba tan turbado, que ni aun intentó presentarle la mano para subir al coche. Se apoderó de otro que partía, y mandó al cochero que siguiese al precedente adonde quiera que fuese. Cuando se acercaban á la calle, donde sabía él que habitaba ella, mandó parar, salió, fué corriendo hasta la casa, y llegó precisamente al apearse la señorita \*\*\*. La ofreció su brazo, pero ella le miraba con asombro y algo de recelo, hasta que al fin dió muestras de reconocer en él á la persona que había llamado su atención hablándola en el teatro, cogliendo él á su modo de ver que estaba algo inmutada. Rehusó el agasajo brindado, diciéndole que tenía á su criado; y al tiempo de llamar á la puerta, M. Warningham balbuciente le dijo en tono desmayado: «Caro dueño mío, concededme el honor de venir por la mañana á preguntar cómo os hallais despues de los grandes esfuerzos en el teatro esta noche.» Replicó ella de un modo frío y desalentador, que no podía comprender cómo se había hecho dueña del honor de sus particulares obsequios tan repentinamente experimentados, y con unas manifestaciones excesivamente extrañas, fuera de uso, singulares, impropias, repugnantes, etc. Añadió que en cuanto á su venida por la mañana, si tantas ganas tenía, ella desde luego no podía estorbarlo; mas que si esperaba verla cuando quisiese, iba muy equivocado. La puerta se abrió en aquel momento, y ella cerró tras sí, despidiendo con una seria cortesía á M. Warningham, que casi quedó trastornado de pesar y pasión desmedida. Me aseguró formalmente que había paseado delante de la puerta arriba y abajo hasta cerca de las seis de la mañana, subido los escalones, procurando permanecer de pie, con cuanta exactitud podía traer á la memoria, sobre *el mismo paraje* que había ella ocupado mientras le hablaba, y por espacio de diez minutos seguidos estuvo mirando ansiosamente lo que se figuraba él ventana de la alcoba. Por añadidura toda esta extravagancia se ejecutaba en medio de una nevada, y á tiempo en que (Dios no se lo tome en cuenta) estaba pretendiendo á la señorita \*\*\*, joven cuya expresa visita le había traído á la ciudad. Varias veces le pregunté cómo pudo pensar que semejante proceder fuese compatible con el honor y delicadeza, sin sentir una chispa de verdadera adhesión á la señorita á quien estaba él apalabrado. Su única respuesta era que «*realmente él no podía evitarlo*,» sintiéndose «*mas bien paciente que agente*.» La señorita \*\*\* decia, había tomado su corazón por asalto, y por entonces desalojado á viva fuerza su amor á toda mujer.

Prosigamos pues. A cosa de las seis y media se metió en un coche de alquiler que acertó á pasar por la calle, y retirándose al parador, se puso en cama cediendo á un estado de prostración excesiva de cuerpo y espíritu. Durmió penosamente hasta las doce del día, hora en que le despertó su grave indisposición. Durante los primeros momentos, no podía desechar la idea de que la

señorita \*\*\* se hallaba de pie al lado de su cama, en el mismo traje que llevó la noche anterior, y que sonreía inspirándole ánimo, siendo tan fuerte la ilusión, que claramente la dirigió varias frases. A las tres saltó de la cama, é hizo venir uno de sus alegres amigos, perfectamente versado en la marcha de asuntos de este jaez, y resolvió hacerle confidante del suyo. Por consejo de su mentor, compró M. Warringham una lindísima sortija de esmeralda, que inmediatamente remitió á la señorita \*\*\* con una atenta esquila, diciendo que era una tenue demostración del deleite con que había visto su exquisita representación, etc., etc. Aseguraba el amigo que esto forzosamente había de provocar una respuesta cualquiera, que conduciría á otra, y otra, y otra, y así sucesivamente, en lo que tenía mucha razón. Antes de levantarse M. Warringham á la mañana siguiente, recibió de la señorita \*\*\* una carta elegantemente escrita, dándole las gracias por el *delicado presente* que le había enviado, con el cual muy gustosamente aprovecharía la primera oportunidad de complacerle usando la sortija en público.

Creo firmemente que jamás hubo actriz con fortaleza bastante para devolver un regalo de joyería.

¿Y despues qué había de hacer? No lo sabía fijamente, pero habiendo logrado al fin fraguarse una comunicación con ella, y sometídola tan fácilmente á estarle reconocida, se halló convencido de que ya era obvio su modo de continuar. Determinó por tanto pasar á verla aquella misma tarde; mas su amigo médico, conociendo el estado de calenturienta excitación en que seguía, le vedó terminantemente la salida de casa. Al otro día se halló mucho mejor, aunque no con alivio bastante para ponerse en la calle; y así hubo de consolarse escribiendo á la señorita \*\*\* una esquelita diciendo tener cierta cosa importante que comunicarla, y rogándole que le permitiese una explicación. ¿Cuál imagina el lector que sería este pretexto de cierta cosa importante? Pedirla que se dejase retratar por un joven artista. Su estratagemata surtió efecto, pues al día siguiente recibió un atento convite de almuerzo con la señorita \*\*\* para el próximo domingo, indicándole que no esperase hallar otra compañía que la suya. ¡Pobre M. Warringham! ¿Cómo podía vivir el intervalo de aquellos dos días hasta el domingo? De buena gana los hubiera aniquilado.

Llegó por último la mañana del domingo, y salió á eso de las nueve, partiendo para ir en coche á la casa. Con palpitante corazón llamó á la puerta, y una criada le introdujo en un elegante aposento, donde estaba servido el almuerzo. Una señora mayor, algo parienta de la actriz, estaba leyendo un periódico en la mesa del desayuno, y la señorita \*\*\* estaba sentada al piano repasando uno de aquellos exquisitos cantos que miles habían escuchado con arrebató. Llevaba un elegante vestido de mañana, y aunque su infatuado adorador venía dispuesto á verla con gran desventaja, privada del deslumbrante colorido con que se presentaba en las tablas, sus facciones pálidas y algo deteniadas, que le daban una expresión patética y lánguida, sirvieron para enajenar aun mas á su amante. Sus bellísimos ojos le disparaban rayos de dulzura y afabilidad, y había en sus modales una desahogada naturalidad, una nobleza, en su voz un tono suavemente animador, que colmaron á M. Warringham de emociones y ternezas imposibles de describir. A los pocos momentos sentáronse para almorzar, y cuando M. Warringham contemplaba á su linda huésped, cuando escuchaba su viva conversacion, y percibió un débil carmesí subir fugazmente á su rostro al recordarle la exclamación en el teatro, experimentaba una excitación creciente que apenas le permitía conservar el sosiego exterior de su continente. Sentía, segun expresaba (pues muchas veces me ha referido estas escenas), que ella le hacia *prevaricar*. Por lo mismo esforzóse en la conversacion hasta lo sumo, y sus observaciones sobre casi todos los asuntos de la literatura amena hallaban igual eco de penetración y despejo en la señorita \*\*\* descubriendo en ella una completa capacidad para apreciar los mas elevados pasajes de Shakspeare y algunos antiguos dramáticos ingleses, lo cual bastaba para dejar á M. Warringham entusiasmado á los pies de cualquiera mujer. Estaba recitando un apasionado trozo de Romeo y Julieta, que la señorita \*\*\* escuchaba con un aire aparente de fervoroso entusiasmo, cuando un factote paró con estrépito á la puerta, cuya aldaba con un impetuoso trueno anunció la llegada de alguna visita aristocrática. La señora sentada con ellos se sobrecogió, púsose encarnada, y exclamó:

— ¡Dios mio! ¿cómo cabe recibir hoy al sugeto?

— ¡Ah! Es el lord, exclamó la señorita \*\*\* con aire de indiferencia, despues de haber examinado el coche por entre las cortinas de la ventana, y no le recibirá: no hay para qué. Me fastidia de muerte, continuó volviéndose á M. Warringham con graciosa petulancia, que produjo en él todo su efecto; pues discurria entre sí: ¡Qué envidiable personaje soy! ¡se me recibe cuando los lores son despedidos! Decid que no estoy en casa, moduló la señorita \*\*\* lenta y friamente al entrar la criada la tarjeta del lord. Ya ve Vd., Warringham, que no es posible ver á todos, dijo ella sonriendo. ¡Ah, quieto, quieto, M. Warringham! No vaya Vd. á la ventana hasta que el lord haya marchado, exclamaba, mientras su pequeña y blanca mano, reluciendo con la esmeralda en el segundo dedo, se aplicaba á su hombro para esforbar su ida á la ventana.

M. Warringham me declaró que en aquel momento le hubiera cedido toda su fortuna.

Levantada la mesa del desayuno, á sus ruegos sentóse la señorita \*\*\* al piano, que le aseguró era un magnífico regalo del duque de \*\*\* y cantó acompañándose

cuanto la pidió. Mientras ejecutaba cierta aria muy conocida con la mas encantadora sencillez, M. Warringham solo podia atender á sus propias sensaciones.

Al acabarla siguiendo floreado la sinfonia en un estilo negligente, pero rápido y brillante, la señora \*\*\* de quien una ó dos veces se ha hecho mención, dejó el cuarto; y M. Warringham, sin reparar apenas en lo que hacia, bajando repentinamente de la silla en que estaba al lado de la señorita \*\*\* le cogió la mano, é hincado de una rodilla pronunció cierta exclamación de apasionada fantasía. La señorita \*\*\* con aire de sorpresa, volvió hácia él por un momento sus hermosísimos ojos, casi enteramente escondidos bajo sus entreabiertos párpados, esparció por sus facciones una sonrisa remilgada, desasistió su mano, y prosiguió acompañándose la canción de

El suspira :  
Yo te adoro,  
Mi beldad,  
Delante de tí me mira,  
De esta suerte desmayar.

¡Encantadora, angelical mujer! ¡Gloriosa criatura de belleza y entendimiento, yo no puedo vivir sino en presencia tuya! profería en voz baja M. Warringham.

— ¡Dios mio! ¿qué actor habría Vd. hecho, M. Warringham...! ¡de veras...! Solo de pensar cómo parecería de Romeo M. Warringham... vamos... quieto... casi me persuadiría que lo era en verdad, dijo la señorita \*\*\* con el aire mas hechicero, y cesó de tocar. M. Warringham prosiguió cumplimentándola del modo mas extravagante; pues me dijo que efectivamente se hallaba como si por momentos le abandonasen sus potencias.

— ¿Por qué no sale Vd. á las tablas, M. Warringham? le preguntó la señorita \*\*\* en tono mas formal y solemne que el hasta entonces usado por ella, y echándole una ansiosa mirada que denotaba su verdadera admiración. Apenas había ella terminado esta pregunta, cuando se oyó una recia y retumbante llamada á la puerta de la calle. La señorita \*\*\* se levantó repentinamente del piano, perdió el color, y azorada exclamó en tono agitado:

— ¡Dios mio! ¿qué haremos? ¡El capitán \*\*\*! ¿qué puede haberle traído á la ciudad? ¡Ay de mí...!

— ¡Por Dios, señora! ¿qué puede alarmar á Vd. de esa manera? exclamaba M. Warringham con aire suspenso: ¿qué es lo que puede sobrecoger á Vd.? ¿Qué se se le puede ofrecer aquí, siendo molesta su presencia para Vd.? Suplico á Vd. señora, que le dé una respuesta como la dada al lord.

— ¡Ah M. Warm.... de mi alma! la puerta está abierta... ¿qué será de mí, si el capitán \*\*\* ve á usted aquí? ¡Oh! sí, ya me ocurre... Vd. pasará por un administrador de provincia... conocido de... decia precipitadamente la señorita \*\*\* al mismo tiempo que, abriéndose la puerta del cuarto, un caballero de fraza militar y corpulenta, con sobretodo azul y pantalon blanco, teniendo en la mano una delgada caña de paseo, y sin reparar en M. Warringham, quien á la sazón permanecía de pie casi detrás de la puerta, se dirigió aceleradamente á la señorita \*\*\* exclamando en tono jovial:

— ¡Ah, mi embelesadora De Médicis! ¿cómo estás?

— ¡Hola! ¿Quién tenemos aquí? prorumpió súbitamente volviéndose asombrado á M. Warringham.

— Señorita... ¿qué asunto puede tener aquí ese sugeto? preguntó el capitán con aire seco é iracundo, soltando la mano que le había cogido al entrar, y echando á M. Warringham una ojeada de ceñudo furor. La señorita \*\*\* entre dientes pretextó cualquiera asunto... un conocido de fuera... y aterrada, miraba á M. Warringham como rogándole que aceptase el apunte y revisiera el carácter de un administrador de provincia. Pero M. Warringham en materias de este jaez no estaba tan ducho que aprovechase la indirecta.

— Señor mio, perdone Vd., capitán, dijo él, abotonándose la casaca y hablando en voz casi ahogada de cólera: ¿qué significa todo eso? ¿qué quiere Vd. decirme con ese insolente encaramiento?

— ¡Par diez! ¿señor, Vd. sabe con quién está hablando? preguntó el capitán como pasmado.

— Me importa muy poco saberlo; pero lo que sé, y dígoelo á Vd. bien claro, es que, sea Vd. quien fuere, no sufriré esas plantas.

— ¡Qué diablos! exclamaba el capitán pausadamente, como si no acabara de comprender lo que estaba pasando. La señorita \*\*\*, pálida como una muerta, y temblando de pies á cabeza, sin hablar palabra, se apoyaba en la esquina del piano, atónita con la escena que presenciaba.

— ¡Ah, por vida de...! eso jamás, exclamó al fin el capitán, arrojándose á M. Warringham, y pegándole furiosamente con la caña en los hombros. Con la mano izquierda iba á cogerle el cuello de la casaca como para aplicarle mayor injuria, cuando M. Warringham, que era un moceton muy membrudo, le lanzó de sí y estampó de lleno su mano derecha en la cara del capitán. La señorita \*\*\* gritaba pidiendo socorro, mientras el capitán recobrándose instantáneamente, se cuadró, y siendo un atleta de primen orden, antes que M. Warringham pudiera prepararse á recibirle, menudeó sobre su cabeza y pecho una repentina descarga de golpes, que llovian sobre él como martillazos en un yunque. En un momento quedó tendido por el suelo en un estado de insensibilidad, de lo cual nada recordaba, hasta que volviendo en sí, se halló postrado en su cama desmayado y débil con la pérdida de sangre y la cabeza vendada. Ignoró el cómo y cuándo había sido llevado á su casa, hasta que algunas semanas despues supo que el

capitan, habiendo sabido su residencia por la señorita \*\*\* lo había traído en su propio carruaje en un estado de estupor. Todas las circunstancias arriba expuestas se combinaron á una para desarrollar en M. Warringham la calentura que le atacó; el estado de nerviosa excitación en que había vivido por algunos días antes agravó los demás síntomas, y el delirio por último se constituyó en un declarado furor. El médico que ha sido varias veces mencionado, como visita amistosa de M. Warringham, viendo que tomaba el asunto un semblante serio, y repugnándole sostener por mas tiempo por sí solo toda la responsabilidad del caso, aconsejó á los amigos de M. Warringham, hechos venir al lado de su cama desde una provincia distante, que se me llamase; y tal era el *statu quo* de las cosas, cuando yo hice mi primera visita.

Al entrar en el cuarto, hallé sentados dos velantes, uno á cada orilla de la cama que ocupaba M. Warringham, quien estaba delirando, rechinando los dientes de un modo espantoso y maldiciendo con las mas atroces imprecaciones al capitán. A duras penas los velantes podían sujetarle tendido, sin embargo de sufrir á la vez mi desdichado paciente la tortura de una camisola muy ajustada. Su rostro, que segun creo haber manifestado, era muy expresivo, si no bonito, se descajaba con terribilísimos visajes, y sus ojos centellantes giraban hácia todos los ángulos del cuarto como si amenazaran saltar las cuencas. Despues de algunos momentos en que, mudo espectador de esta dolorosa escena, procuraba espiar el curso de la enfermedad de aquel desventurado, y al propio tiempo tranquilizar la aflicción de su tío, que junto á mí estaba horriblemente atribulado, osé acercarme algo mas, viéndole casi rendido, sin otra perturbación que la de su alentar difícil y estertoroso. Echado estaba con la cabeza hundida en la almohada, y al ponerle mis dedos en las sienes, volvió de pronto la cara hácia mí, diciendo en tono alterado: — ¡Válgame Dios, M. Kean! En verdad no esperaba tanto honor. Como pareció embarazado al verme, quise seguir su fantasía, único método racional de tratar con tales enfermos. De paso puedo tambien decir que algunas personas no pocas veces han descubierto cierta semejanza, débil y remota, casi nula, entre mis facciones y las del célebre trágico por quien se me tenia en este momento.

— ¡Ah! ¡qué terribles ojos tiene Vd., M. Kean!... ¡mucho, muy terribles! ¿De dónde los ha sacado Vd.? ¿Qué demonio les ha dado lustre tan impropio? ¡Si no son ojos humanos...! ¡no, no...!

— Realmente, no puedo decirlo, repliqué con alguna curiosidad.

— ¿No?... Son de un condenado del infierno, lanzando la vista relumbrante al través de las fieras barras de su prision, repuso M. Warringham con un sacudimiento, y preguntando en seguida: ¿No es una figura espantosa?

— Efectivamente, es bastante horrible, dije yo resuelto á satisfacerle.

— ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah! bramó el infeliz desvariante con un reír que nos hizo estremecer á todos en derredor de su lecho. Cosas mejores que esta puedo decir... aunque tambien es bueno. Nada habrá comparable á lo que peroraré por la mañana... ¡ah! ¡ah!... pues bajo al infierno para aprender algo de la charla del diablo, y á mi vuelta os daré una lección, M. Kean, que para vos equivaldrá á dos mil años... ¡ah! ¡ah!... ¿Qué dices á eso, Otelo?

Hizo pausa, y continuó murmurando entre sí alguna cosa en un metal de voz extrañamente diverso del acabado de emplear conmigo.

— M. Kean, M. Kean, dijo de pronto, precisamente es Vd. la persona que necesito: supongo que le habrán dicho cómo yo había preguntado por Vd. ¿eh?

— Sí por cierto, oi....

— Muy bien: pero ahora que está Vd. aquí, acabe de sombrear esos ojos de basilisco, pues me tienen el espíritu consumido.

Hice lo que mandaba.

Ahora diré á Vd. lo que he pensado. Tengo corrientemente, una tragedia, en la cual hay un carácter magnífico para Vd., expresamente escrito para Vd.; ¿eh? ¿me oye Vd., M. Kean?

— Sí, y tambien te comprendo, Hal, repuse por ver si una cita de su favorito Shakspeare calmaba y hacia mas tratable su inflamada fantasía.

— ¡Oh! ¡bien citado!... ¡felizmente! Por mí, y de paso sea dicho, ya que hablamos de esto, nada absolutamente admiro en Vd. su disfraz de Hamlet: no, señor, M. Kean, de ningun modo. Está pésimamente concebido... equivocado del principio al fin: es indudable, y ya ve Vd. qué crítico soy... ¡ah! ¡ah!... acompañando á las expresiones una risa, si no tan recia, tan amedrentadora como las anteriores carcajadas. Le dije que aprobaba su parecer.

— ¡Bien! respondió, el ingenio siempre debiera ser cándido. ¿Da corcovos la avinagrada mujerzuela?... ¡Qué disparatado está Vd., M. Kean! ¿qué malos modos!... perdone Vd. que se lo diga... que me interrumpe... dijo despues de una pausa, añadiendo con aire perplejo: ¿De qué estaba yo hablando al interrumpirme Vd.? (y yo no había desplegado los labios).

— ¿La tragedia quiere Vd. decir?

— ¡Ah!... Tengo otro carácter para la señorita \*\*\* (nombrando la actriz arriba mencionada)... magnífica reina de Beldad... filomena del canto... esplendente... sin par... ¡Oh, señora, miradme! ¡miradme!

(Se concluirá.)

## Bellas-Artes.

EXPOSICION DE 1867.



EXPOSICION DE BELLAS-ARTES DE 1867.

La Hilandera de Procida, estatua por M. Leon Cugnot.

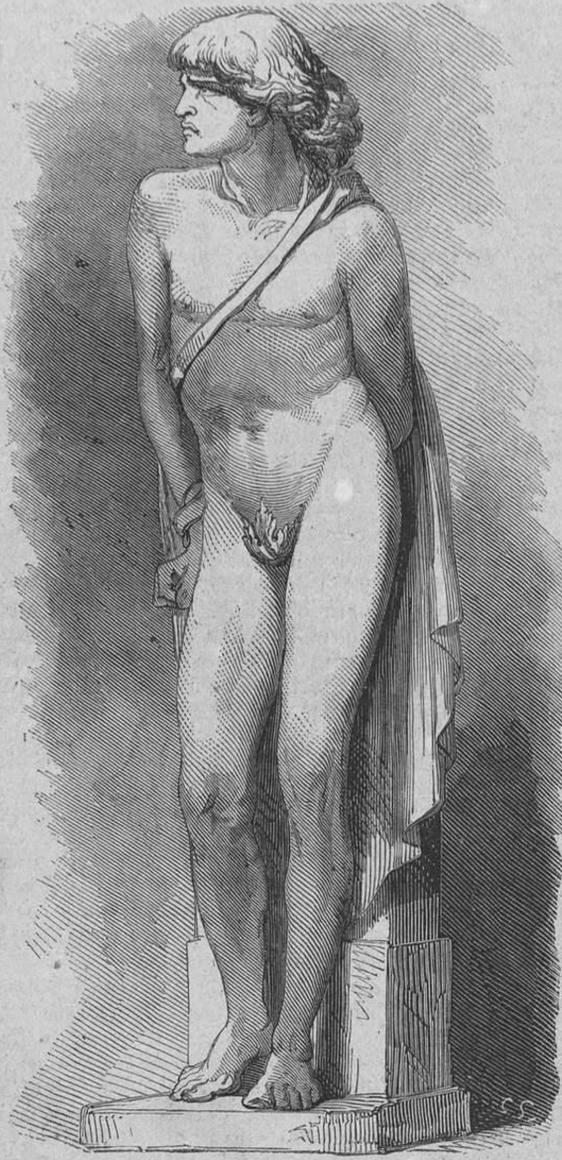
El aventajado artista español señor Zamacois ha obtenido este año un doble triunfo, con dos pinturas expuestas en el Palacio de la Industria. La primera, titulada *Bufones del siglo XVI*, produce un efecto verdaderamente extraño; unas veinte personas á cual mas estrambóticas, se hallan agrupadas en las mas singulares posturas en los bancos, los sillones y el suelo de una antesala. Todos los tipos imaginables de enanos y de bufones se encuentran representados en esta mescolanza de las deformidades y ridiculeces humanas. Asi sucede que pasada la primera impresion, que es una impresion alegre y producida por la verdad de las actitudes, la graciosa precision de las fisonomias y la limpieza de pincel, se experimenta otra que es muy sensible, casi dolorosa: en todas esas caras se ve pintado un padecimiento físico y moral; la risa es nerviosa y esos músculos reforcidos por la cruel naturaleza contradicen los esfuerzos de esos pobres diablos que deben estar alegres de real orden, si es que no quieren perder la subsistencia. Si el señor Zamacois ha tratado de producir en el espectador una sensacion del género de la que acabamos de indicar, ha logrado completamente su deseo, pues ha sabido fijar en el lienzo la expresion característica de los bufones y los enanos.

El segundo cuadro del señor Zamacois, la *Contribucion indirecta*, que aquí reproducimos, está pintado con mano diestra y no desdice del precedente.

Dos esculturas reproducimos tambien en este número.

La *Jóven hilandera de Procida*, por M. CUGNOT, es una obra que se distingue por la pureza de líneas y la sencillez de la actitud: esta estatua tiene un aspecto sereno y de carácter antiguo que parece haber salido recientemente de las ruinas de un palacio romano.

El *Jóven galo prisionero*, de madama LEON BERTAUX, se recomienda principalmente por la actitud del jóven héroe; la rabia concentrada que crispa los músculos de su cuerpo y de su rostro se halla expresada con un vigor tal, que no se diria es obra de una mano femenina.

Jóven galo prisionero,  
estatua por madama Leon Bertaux.

T. G.



Contribucion indirecta, cuadro del señor Zamacois.



Modelos de confecciones, vestidos y sombreros fotografiados en las galerías de la Exposición universal.

Gauguin

## Oliverio.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

Al correr los cerrojos cesaron los golpes y se dejó oír una voz.

— ¿Abrirás la puerta? gritaban.

— Sí, señor, al momento, replicó Oliverio, dando vuelta á la llave en la cerradura.

— Eres tú el nuevo aprendiz, ¿no es verdad? preguntó la voz.

— Sí, señor, contestó Oliverio.

— ¿Qué edad tienes?

— Diez años, señor, contestó el niño.

— Entonces voy á sacudirte; ya verás, miserable bastardo.

Dicho esto, la voz comenzó á silbar.

Oliverio habia experimentado hartas veces los efectos de semejantes promesas para dudar de que el que hablaba cumpliría su amenaza, y corriendo el cerrojo con temblorosa mano, abrió la puerta.

Miró un momento la calle á derecha é izquierda, y como no viese á nadie mas que á un robusto muchacho de la escuela de caridad, que sentado en un poste comia con avidez una rebanada de pan y manteca, dirigióse á él y le dijo:

— Perdonad, ¿sois vos quien ha llamado?

— He dado patadas, replicó el otro.

— ¿Necesitais algun ataud? preguntó Oliverio ingenuamente.

— Tú eres el que lo va á necesitar si te permites bromas con tus superiores, repuso el muchacho. ¿No sabes quien soy, miserable huérfano? añadió bajando del poste con edificante gravedad.

— No, señor, contestó Oliverio.

— Pues yo soy el señor Noé Claypole, y tú eres mi subordinado. Vamos, abre las puertas, tunante.

Al mismo tiempo, Claypole, dando una patada á Oliverio, penetró en la tienda con cierto aire de dignidad, que formaba extraño contraste con su enorme cabeza, sus ojos pequeños y su fisonomía estúpida.

Oliverio abrió las puertas, y al querer llevar una tabla á un pequeño patio, donde se guardaban durante el día, tembláronle las piernas bajo el peso y rompió un ladrillo; visto lo cual por Noé, fué á socorrerle para tener el gusto de decirle, como por vía de consuelo, que *ya lo pagaría*. A los pocos momentos bajó Sowerberry, y despues su señora, quien enterada de lo que habia pasado, realizó el pronóstico de Noé, *haciendo pagar* al pobre Oliverio su torpeza, antes de enviarle á la cocina para que almorzase.

— Acercaos al fuego, Noé, dijo Carlota, al ver al muchacho entrar en la cocina, seguido del nuevo aprendiz; acabo de apartar del almuerzo un buen pedazo de tocino para vos; tú, Oliverio, cierra la puerta y coge esos mendrugos que he dejado para ti encima del cofre; toma una taza de té y vete á un rincon á despachar tu almuerzo, porque es preciso que vayas pronto á cuidar de la tienda, ¿me oyes?

— ¿Has oído, hospiciano? repitió Noé Claypole.

— ¿Qué cosas teneis, Noé! dijo Carlota; ¿no podeis dejar á ese chico en paz?

— ¡Dejarle en paz! repuso Noé; me parece que todo el mundo le deja bastante; no tiene padre ni madre que se ocupen de él, y sus parientes le desconocen. ¡Ja, ja!

— ¡Socarrón! exclamó Carlota riendo á carcajadas.

Noé tomó parte en la hilaridad de Carlota, y ambos dirigieron una mirada desdeñosa al pobre Oliverio, que sentado sobre el cofre, comia los mendrugos reservados especialmente para él.

Noé era un muchacho de la casa de caridad, pero no del asilo, y en consecuencia no era expósito, pues podia hacer remontar su genealogía hasta su padre y su madre, que habitaban cerca de allí.

Su madre era lavandera, y su padre, antiguo soldado, borracho, y retirado del servicio con una pierna menos, disfrutaba una pension de dos peniques y medio diarios.

Desde hacia mucho tiempo, los muchachos del barrio habian tomado la costumbre de apostrofar á Noé con las palabras mas injuriosas, que él sufrió siempre sin decir palabra; pero ahora que la fortuna le deparaba un pobre huérfano sin nombre, á quien todos podian despreciar, vengábase con usura. Hé aquí un ejemplo interesante que se presta á graves reflexiones, pues vemos bajo qué prisma tan bello se muestra á veces la naturaleza humana, y con qué semejanza unas mismas cualidades se desarrollan así en los mas nobles caballeros como en los seres mas viles de la sociedad.

Tres semanas hacia que Oliverio estaba en casa del empresario de las pompas fúnebres, y los esposos Sowerberry cenaban en la trastienda, cuando el marido, despues de mirar á su mujer durante algunos instantes con el mayor respeto, entabló la conversacion.

— Amiga mia...

Iba á continuar; pero la señora Sowerberry le lanzó una mirada tan enojosa, que se detuvo.

— Y bien, ¿qué hay? le preguntó.

— Nada, amiga mia, nada absolutamente, dijo el señor Sowerberry.

— ¡Bah, sois un necio!

— Nada de eso, dijo Sowerberry con humildad; creí que no queriais escucharme; iba á decir solamente...

— Guardaos lo que teniais que decirme, interrumpió la mujer; yo no soy aquí nadie, y no debeis consultarme; no me acomoda meterme en vuestros negocios. ¿Lo habeis oído?

Así diciendo, la señora Sowerberry prorumpió en una carcajada nerviosa, que hacia temer graves consecuencias.

— Pero, amiga mia, murmuró el marido, necesito vuestro consejo.

— No, no; ¿qué os importa mi consejo? murmuró la mujer con acento irónico; pedídselo á otros.

Y lanzó una segunda carcajada, de las que tanto asustaban á Sowerberry.

En esto seguía la política comun á todas las mujeres, que es la que con mas frecuencia obtiene buen resultado: obligaba á su marido á solicitar como un favor el permiso de decirle lo que estaba deseando saber; y despues de una cuestion que no duró mas de tres cuartos de hora, concedióle generosamente dicho permiso.

— Quería hablar de Oliverio, dijo Sowerberry; ¿sabéis que ese chico tiene muy buen aspecto?

— ¡Vaya una gracia! con lo que come, bien puede estar lucido.

— Sus facciones tienen una expresion de tristeza, que le dan cierto aire interesante; seria un excelente mudo (1), amiga mia.

La señora Sowerberry levantó la cabeza en señal de asombro; notólo el marido, y sin dejarla tiempo para hacer ninguna observacion, continuó:

— No un mudo para acompañar los grandes cortejos, amiga mia, sino para los entierros de niños; seria una novedad tener un mudo cuyos años estuviesen en relacion con la edad del difunto. Estad segura que esto podrá ser de un grande efecto.

La señora Sowerberry, que mostraba un gusto exquisito en los asuntos relativos á las pompas fúnebres, quedó admirada de la novedad de aquella idea; pero como hubiera comprometido su dignidad aprobando á su marido, contentóse con preguntarle con mucha acritud, cómo era que no le habia ocurrido antes.

El señor Sowerberry dedujo con razon, que su propuesta habia sido bien acogida, y se acordó en el acto, que Oliverio fuese iniciado desde luego en los misterios de la profesion, para cuyo objeto acompañaria á su amo á la primera oportunidad.

Esta no se hizo esperar. Al dia siguiente por la mañana, despues del almuerzo, el señor Bumble entró en la tienda, y apoyando su baston contra el mostrador, sacó del bolsillo su cartera de cuero, y de ella un pedazo de papel, que entregó á Sowerberry.

— ¡Ah! exclamó el empresario recorriéndole con la vista con aire satisfecho; ¿es un pedido, eh?

— Sí, se necesita en primer lugar un ataud, y además un entierro parroquial, contestó Bumble cerrando su cartera.

— ¡Bayton! murmuró Sowerberry, sin apartar su mirada del papel; esta es la primera vez que oigo semejante nombre, amigo Bumble.

— Me parece que ha de ser una familia de testarudos, y lo que es peor, de orgullosos, contestó Bumble.

— ¡Orgullosos! repuso Sowerberry con una sonrisa burlona; ¡oh! eso ya es decir mucho.

— Es cosa que da lástima, que inspira compasion.

— Convenido, replicó Sowerberry.

— Nosotros no habiamos oído hablar de esa familia hasta antes de anoche, dijo el bedel, y nada sabriamos, si una mujer, que vive en la misma casa, no se hubiese dirigido al comité parroquial suplicando que se enviara al cirujano para visitar á una señora que estaba muy mala. Desgraciadamente aquel habia salido; pero su ayudante, que es un muchacho muy hábil y listo, les envió una botella de medicina.

— Eso es lo que se llama prontitud, dijo Sowerberry.

— Es claro, repuso el bedel; pero ¿qué sucedió? ¿Sabéis hasta qué punto ha llegado la ingratitude de esos necios? Pues sabed que el marido envió á decir que aquella medicina no era conveniente para la enfermedad de su mujer, y que por lo tanto no la tomara. ¿Comprendeis esto? ¿Que no la tomara! Una medicina excelente, energética, saludable, que se administró con éxito, no hace ocho dias, á dos albañiles y un mozo de cordel. ¿Comprendeis esto, caballero!

Y como la enormidad de semejante conducto se presentase con toda su fuerza á la imaginacion de Bumble, este, montado en cólera, dió un terrible bastonazo sobre el mostrador, tornándose rojo de indignacion.

— ¡Oh! exclamó Sowerberry, jamás en mi vida...

— ¡No, jamás! gritó el bedel; jamás se ha cometido semejante infamia; pero ya que ha muerto esa mujer, es preciso enterrarla; hé aquí las señas: cuanto antes será mejor.

Y el señor Bumble, en un acceso de cólera, se puso el tricordio al revés y se lanzó fuera de la tienda.

— Ya lo ves, Oliverio, estaba tan furioso que se le ha olvidado preguntar por tí, dijo Sowerberry, siguiendo con la vista al bedel, que caminaba á largos pasos.

— Es verdad, señor, murmuró Oliverio, que se habia apartado prudentemente durante la entrevista, y que

(1) Se da el nombre de mudos (*mutes*) á los hombres que permanecen á la puerta de una casa mortuoria y que acompañan el cortejo fúnebre.

temblaba de miedo al solo recuerdo de la voz del señor Bumble.

Era sin embargo inútil que tratase de evitar la vista del bedel, pues este funcionario, sobre el cual habia causado honda impresion el pronóstico del señor del chaleco blanco, pensaba que ya que el empresario de las pompas fúnebres se habia encargado de Oliverio por vía de ensayo, era mejor no abordar la cuestion hasta que el chico se escriturase por un período de siete años, en cuyo caso no se corria el peligro de tenerle otra vez á cargo de la parroquia.

— Vamos, dijo Sowerberry, cogiendo el sombrero, cuanto antes concluyamos será mejor. Noé, atencion á la tienda; tú, Oliverio, ponte la gorra y sígueme.

El muchacho obedeció sin replicar, y siguió á su maestro, en el ejercicio de su profesion.

Caminaron algun tiempo á través del barrio mas populoso de la ciudad, y bajando despues por una callejuela estrecha, mas sucia y miserable que las demás, detuviéronse al fin para buscar con la vista la casa adonde iban. En ambos lados de la calle, las casas eran altas y grandes, pero muy viejas, y ocupadas por gente de la clase mas pobre, como lo indicaba suficientemente su misero aspecto; sin que para confirmar esta opinion fuese necesaria la presencia de cierto número de hombres y mujeres, que con los brazos cruzados atravesaban de vez en cuando de un punto á otro furtivamente. En la mayor parte de las casas, veíanse tiendas herméticamente cerradas y en estado ruinoso, notándose que solo en los pisos superiores vivia gente; algunas de las primeras, que amenazaban hundirse, estaban apuntaladas por gruesas vigas sólidamente sujetas en el suelo y las paredes, y debian servir seguramente para refugio de los vagabundos durante la noche, pues muchas de las tablas con que se cubrian las ventanas y las puertas, habian sido arrancadas con objeto de dejar una abertura suficiente para pasar el cuerpo. Por el arroyo corria un agua sucia y corrompida, y aun las mismas ratas que saltaban entre la basura eran sumamente escuálidas.

En la puerta donde se detuvieron Oliverio y su maestro, no habia llamador ni campanilla, y Sowerberry, deslizando á tientas por un oscuro pasadizo, dijo á su aprendiz que le siguiera sin tener miedo. Llegados al primer piso tropezaron con una puerta, en la que llamaron con suavidad.

En el momento abrió una muchacha de trece á catorce años, y Sowerberry, conociendo por el aspecto de la habitacion que era allí donde tenia que ir, entró seguido de Oliverio.

No habia fuego en el cuarto; veíase en primer término un hombre recostado contra la estufa apagada; á pocos pasos una anciana sentada en un taburete; en un rincon varios chiquillos harapientos, y últimamente, en el fondo, frente á la puerta, yacia en el suelo un objeto envuelto en una raída cubierta. Estremeciéndose Oliverio al mirar hácia aquel lado y se estrechó contra su maestro, pues á pesar de la cubierta, adivinaba que aquello era un cadáver.

El hombre era pálido y flaco; tenia los ojos inyectados, y la barba y los cabellos grises; la mujer, cuyo rostro estaba surcado por profundas arrugas, tenia ojos pequeños y penetrantes, y su boca solo conservaba dos dientes, que le salian sobre el labio inferior. Oliverio tuvo miedo de mirar á estos dos personajes, que le recordaron las ratas flacas que viera en la calle.

— ¡Nadie la tocará! gritó el hombre al ver á Sowerberry acercarse. ¡Atrás, atrás, os digo, si teneis en algo vuestra vida!

— Dejaos de tonterías, buen hombre; replicó Sowerberry, que estaba acostumbrado á ver la miseria bajo todas sus formas; dejaos de tonterías.

— Os repito, repuso el hombre, cerrando los puños y golpeando el suelo con furor, os repito que no quiero que se la entierre. Allí no podria dormir, y los gusanos la atormentarian sin encontrar que comer. ¡Está tan descarnada!

Sowerberry no quiso contestar á aquel hombre delirante, y sacando un cordon del bolsillo, arrodillóse un momento junto al cadáver.

— ¡Ah! exclamó el hombre rompiendo á llorar y arrojándose á los piés de la pobre muerta; ponéos todos de rodillas al rededor de ella, y escuchadme. Esta mujer ha muerto de hambre, sí, de hambre; hasta el momento en que se apoderó de ella la fiebre, no supe lo mala que estaba; pero entonces ya los huesos le atravesaban la piel, y como no teniamos fuego ni luz, ha muerto en las tinieblas; no ha podido ver el semblante de sus hijos, mas oiamos que los llamaba en los últimos momentos de su agonía. Fui á la calle á pedir limosna y me metieron en la cárcel; á mi vuelta ya estaba espirando y mi corazon se desgarró al ver que la habian dejado morir de hambre. ¡Juro ante Dios, que ha sido testigo de ello, que ha muerto de hambre!

Al decir estas palabras, arrancóse el hombre los cabellos, lanzó un grito horrible y se revolcó por el suelo con los ojos extraviados y los labios cubiertos de espuma.

Asustados los niños, echaron á llorar; pero la anciana, que habia permanecido inmóvil y como extraña á lo que pasaba á su alrededor, les amenazó para que se callaran. Desatando despues la corbata del hombre que yacia por el suelo, adelantóse vacilando hácia Sowerberry.

— ¡Era mi hija! exclamó, fijando su mirada en el cadáver, y con el aire extraviado de una idiota, mas hedionda aun que la muerte misma. ¡Dios mio! ¡Dios mio! decir que yo, que la he dado el ser, estoy aquí

sana y buena, mientras que ella yace yerta y fria en ese rincón. ¡Dios mio, me está pareciendo un sueño, un verdadero sueño!

Mientras que la vieja murmuraba estas palabras con una espantosa sonrisa, Sowerberry se disponía a salir.

— ¡Esperad, esperad! dijo la anciana esforzando su cascada voz, ¿es el entierro mañana, pasado mañana, ó esta tarde? Yo la he amortajado y debo acompañarla; ¿no es verdad? Enviadme un buen pañuelo, un pañuelo que abrigue bien, porque hace mucho frio. También deberíamos tomar un bizcocho y un poco de vino antes de marchar; pero no importa, enviadnos pan, nada mas que un pedazo de pan y un vaso de agua. ¿Nos enviareis pan, amigo mio? preguntó la anciana con ansiedad, cogiéndose á la levita de Sowerberry, que abría la puerta.

— Sí, sí, repuso Sowerberry, ya se os dará alguna cosa; todo lo que necesiteis.

Y desprendiéndose de manos de la anciana, lanzóse á la calle, seguido de Oliverio.

Al día siguiente, y habiendo recibido ya la familia el socorro de un pan de dos libras y un pedazo de queso, que llevó el mismo Bumble en persona, Oliverio y su amo volvieron á aquella miserable vivienda, donde les habia precedido el bedel, acompañado por cuatro hombres del asilo de mendicidad, que debían conducir el cadáver. Un raído manton y una vieja capa negra cubrieron los harapos de la anciana y el marido.

Inspeccionado el ataúd, cargáronse los mozos á cuestas y bajaron á la calle.

— Ahora, buena anciana, tratad de avivar el paso, dijo en voz baja Sowerberry; nos hemos retrasado y es preciso no hacer aguardar al sacerdote... Adelantad, muchachos, todo lo mas aprisa que podais.

Los cuatro hombres apretaron el paso, en tanto que la anciana y el hombre los seguían con trabajo. Bumble y Sowerberry iban delante, y Oliverio, con sus pequeñas piernas, corría al lado del convoy.

No era sin embargo tan urgente el apresurarse, como habia dicho Sowerberry, pues cuando llegaron al oscuro rincón del cementerio, donde crecen las ortigas y se hallan las fosas de la parroquia, no estaba aun el sacerdote, y el sacristán dió á entender que aun tardaría una hora en venir. En su consecuencia, depositóse la caja junto á la fosa; el hombre y la mujer aguardaron pacientemente azotados por la lluvia fria y penetrante, mientras que algunos chicos, atraídos por la curiosidad, jugaban al escondite detrás de las tumbas. Sowerberry y Bumble, amigos íntimos del sacristán, se calentaban al fuego, leyendo un periódico.

Al fin, despues de una hora de espera, Bumble, Sowerberry y el sacristán se dirigieron apresuradamente hácia la fosa, y al mismo tiempo apareció el cura, que se iba poniendo la casulla por el camino. Bumble regañó á dos ó tres chicos para salvar las apariencias, y el respetable eclesiástico, despues de haber leído el oficio de difuntos en cuatro minutos, se fué, entregando antes su casulla al sacristán.

— Ahora, Bill, haz tu oficio, dijo Sowerberry al sepulturero.

El trabajo no era penoso, pues hallábase tan llena la fosa, que el último ataúd estaba á muy pocos piés del nivel del suelo. El sepulturero arrojó sobre la caja algunas paletadas de tierra, apisonó despues, echóse la herramienta al hombro, y se alejó, seguido de los chicos, que se quejaban de que hubiese sido tan corta la diversion.

— Vamos, veníos, buen hombre, dijo Bumble, golpeando suavemente la espalda del desgraciado; ya van á cerrar el cementerio.

El pobre viudo, que no se habia movido desde que llegara á la fosa, se estremeció, alzó la cabeza, y mirando fijamente al que le hablaba, cayó desvanecido despues de dar algunos pasos.

La anciana estaba demasiado preocupada con la pérdida de su manton, que habia recogido ya Sowerberry, para atender á otra cosa; hízosele al hombre volver de su desmayo con un cubo de agua fria, se le depositó sano y salvo fuera del cementerio, y despues de haber cerrado la puerta con llave, se fué cada uno á su casa.

— Y bien, Oliverio, ¿qué te ha parecido lo que has visto?

— Bastante bien, señor, os doy gracias, contestó el chico vacilando mucho; no, no muy bien, señor.

— ¡Bah! ya te acostumbrarás, Oliverio, repuso Sowerberry; todo es empezar, que luego eso ya no es nada.

Oliverio hubiera querido saber si su amo habia necesitado mucho tiempo para acostumbrarse; pero creyó prudente no aventurar la pregunta, y se fué á la tienda, llena la imaginación con lo que acababa de ver y oír.

## VI.

Al cabo de un mes de prueba, Oliverio fué aprendiz de hecho, época, precisamente, en que hubo una buena cosecha de epidemia, ó en estilo comercial, en que los ataúdes estaban en alza, y en el espacio de algunas semanas, Oliverio adquirió mucha práctica. El éxito de la ingeniosa idea de Sowerberry, sobrepujaba á sus esperanzas. Los mas ancianos no recordaban haber visto jamás desarrollarse la viruela en tal grado de intensidad, ni ser tan mortífera para los niños; numerosos fueron los cortejos funebres á la cabeza de los cuales iba siempre el pequeño Oliverio con un sombrero guarnecido de un negro crespon que le caía hasta las rodi-

llas, cosa que causaba el asombro de todas las madres.

Oliverio acompañaba también á su maestro á la mayor parte de los entierros de adultos, á fin de adquirir esa impasibilidad é indiferencia completa, que son tan necesarias á un cumplido enterrador, y tuvo á menudo ocasion de observar la resignación y fuerza de alma con que las gentes de ánimo esforzado saben sobrellevar la pérdida de sus parientes.

Así que, cuando se encargaba á Sowerberry un entierro para cualquiera persona vieja ó rica, que tenia un gran número de sobrinos y sobrinas, los cuales durante la última enfermedad se habian mostrado inconsolables, sin poder contener su dolor en público, veíalos Oliverio en su casa tan felices como era posible, alegres, satisfechos, y conversando juntos con la misma serenidad de espíritu que si no hubiesen experimentado pérdida alguna. Algunos maridos sobrellevaban con una calma admirable la pérdida de sus esposas; las mujeres por su parte, al vestir luto por sus maridos, tenían siempre cuidado de que su traje tuviese el mayor atractivo posible, siendo de notar que todos aquellos cuyo dolor habia sido mas vehemente en el entierro, se calmaban mas pronto al entrar en su casa, hallándose completamente repuestos antes de llegada la hora de tomar el té.

Este espectáculo, á la vez curioso y consolador, excitaba el asombro de Oliverio.

No puedo afirmar con certeza en mi calidad de biógrafo, que el ejemplo de aquellas buenas gentes hubiese dispuesto á Oliverio á la resignación; pero es lo cierto que continuó durante muchos meses sufriendo pacientemente la dominación y los malos tratamientos de Noé Claypole, que excitado por la envidia que le causara ver al nuevo aprendiz con su sombrero de crespon y un baston negro, mientras él llevaba siempre su raída gorra y su calzon de piel como hijo de la caridad, le pegaba cada vez mas. Carlota, por su parte, maltratábale también por imitar á Noé, y la señora Sowerberry era su enemiga declarada, porque su marido quería al pobre chico. Teniendo pues que luchar contra aquella liga, y contra el disgusto que le inspiraban los funerales, Oliverio no estaba, ni con mucho, tan contento como el raton de la fábula en su queso de Holanda.

Llegó ahora á un hecho muy importante en la historia de Oliverio, y voy á hablar de una acción, que acaso parezca á primera vista indiferente, pero que modificó y cambió por completo su porvenir.

Oliverio y Noé bajaron un día juntos á la cocina, á la hora de comer, para regalarse con una tajada de carnero; pero Carlota habia salido, y durante su ausencia, el buen Noé, hambriento y vicioso, creyó que en nada podia pasar mejor el tiempo, que en atormentar á Oliverio.

Para proporcionarse esta inocente diversion, Noé puso los piés sobre el mantel, y cogiendo del cabello á Oliverio, le pellizcó las orejas, llamándole hospiciano. Díjole también que pensaba ir algun día á verle ahorcar, y no hubo en fin injuria que no se permitiese. Pero como nada de esto hiciera llorar á Oliverio, Noé ensayó un medio mas ingenioso, é hizo lo que otras muchas inteligencias mas célebres que la de Noé, hacen diariamente para caer en gracia; recurrió á las personalidades.

— ¡Bastardo! exclamó Noé; ¿cómo está tu madre?

— Ha muerto, repuso Oliverio; os ruego que no me habléis de eso.

Ruborizóse el chico al decir estas palabras; su respiración era precipitada, y al ver la contracción de sus labios y narices, Claypole creyó que iba á llorar, y volvió á la carga.

— ¿De qué ha muerto tu madre? le preguntó.

— De desesperación, segun me han dicho, dijo Oliverio como hablándose á sí mismo; ¡y creo comprender lo que es morir así!

— ¡Tra, tra, tra, miserable hospiciano! replicó Noé, viendo una lágrima surcar la megilla del niño; pues ¿qué te hace lloriquear ahora?

— No sois vos, repuso Oliverio, enjugando presuroso la lágrima que corría por su rostro; no creais que sois vos.

— ¡Ah! ¿con que no soy yo? dijo Noé con ironía.

— No, no sois vos, replicó Oliverio con sequedad: vamos, ya basta; no añadais una palabra mas sobre mi madre; es lo mejor que podeis hacer.

— ¡Lo mejor que puedo hacer! exclamó Noé; vaya, no te hagas el insolente, miserable huérfano. ¿Parece que tu madre era una mujer hermosa, eh?

Y Noé movió la cabeza de una manera expresiva, frunciendo la nariz con toda su fuerza.

— Bien sabes, pobre huérfano, continuó Noé, animado por el silencio de Oliverio, y con acento de fingida compasión, bien sabes que no eres nada, y que nadie te quiere; ¿supongo sabrás que tu madre era una ramera?

— ¿Cómo decis? exclamó Oliverio levantando la cabeza.

— Una verdadera ramera, repitió Noé con frialdad; y por fin, vale mas que se haya muerto, pues sino, acaso la hubieran metido en la cárcel, ó ahorcado, que es mas probable.

Con el rostro enrojecido por la cólera, Oliverio dió un salto; derribó la silla y la mesa, y agarrando á Noé por el cuello, sacudióle con tal vigor, que rechinaban sus dientes; reuniendo despues todas sus fuerzas, aplicóle un golpe tan rudo, que tendió á su enemigo en el suelo.

Un momento antes, aquel niño, agobiado por los malos tratamientos, era la dulzura misma; pero su valor se habia despertado al fin; el ultraje hecho á la memoria de su madre le habia puesto fuera de sí. Su corazón

latía con violencia; con los ojos chispeantes, la mirada de reto y el rostro animado, su actitud era imponente, y hallábase trasfigurado por completo. Al ver á sus piés á su cobarde enemigo, desafiábale con una energía de que no se le hubiera creído capaz.

— ¡Al asesino! gritaba Noé; ¡Carlota, señora! el aprendiz me asesina; ¡socorro, socorro, Oliverio está furioso! ¡Car...lota!

A los gritos de Noé, contestó Carlota con un grito penetrante, y la señora Sowerberry con otro mas penetrante todavía; la primera se lanzó á la cocina por una puerta lateral, y la segunda se detuvo en la escalera para asegurarse de que no exponía su vida si iba mas lejos.

— ¡Ah, miserable! gritó Carlota, estrechando á Oliverio con toda su fuerza, que podia igualarse á la de un hombre robusto; ¡ah, ingrato, asesino, monstruo!

Y á cada palabra, Carlota descargaba sobre Oliverio un furioso golpe acompañado de un grito agudo, para mayor gloria de la sociedad cuya causa tomaba en mano.

El puño de Carlota no era nada ligero; pero en el temor de que no fuese suficiente para calmar la cólera de Oliverio, la señora Sowerberry se aventuró á penetrar en la cocina, y cogiendo con una mano al chico, le arañó con la otra el rostro. En fin, Noé, aprovechándose de las ventajas de su posición, y despues de haberse levantado, descargó sobre Oliverio una lluvia de golpes.

Este ejercicio era demasiado violento para que durase mucho; cuando todos tres estuvieron cansados, arrastraron al chico, que gritaba y se revolvia furioso, hasta la cueva, donde le encerraron con llave; despues, la señora Sowerberry dejóse caer sobre una silla y se desahizo en llanto.

— ¡Dios mio! se va á desmayar, dijo Carlota. Noé, amigo mio, traed corriendo un vaso de agua.

— ¡Oh, Carlota! murmuró la señora Sowerberry con voz débil, mientras que Noé le echaba agua fria por la espalda para hacerla volver de su desmayo; ¡oh, Carlota! ¿qué suerte hemos tenido en no ser todos asesinados!

— ¡Ah! mucha suerte, señora, repuso Carlota; espero que el amo aprenderá con esto á no recibir en su casa á esos seres terribles, que no han nacido sino para el asesinato y el robo. ¡Pobre Noé! estaba ya casi muerto cuando yo entré en la cocina.

— ¡Pobre chico! repitió la señora Sowerberry, dirigiendo al aprendiz una mirada de compasión.

Noé, que era mucho mas alto que Oliverio, se frotaba los ojos con la palma de la mano, en tanto que compadecían su suerte, sollozando lo mejor posible.

— ¿Qué haremos? exclamó la señora Sowerberry; mi esposo ha salido, y como no hay ningun hombre en casa, Oliverio va á echar la puerta abajo antes de diez minutos.

Las violentas sacudidas que daba Oliverio á la puerta de la cueva hacían en efecto este resultado bastante probable.

— ¡Dios mio, Dios mio! no sé qué hacer, señora, dijo Carlota... ¿Si llamásemos á la policía?

— O á la guardia, añadió Noé.

— No, no, dijo la señora Sowerberry, acordándose del antiguo amigo de Oliverio; Noé, corre á buscar al señor Bumble, y dile que venga al momento sin perder un minuto. Despáchate, y si quieres que te se baje un poco esa hinchazon, no tienes mas que aplicar sobre el ojo la hoja de un cuchillo.

Noé se lanzó á la calle sin aguardar mas; las gentes que pasaban á su lado se admiraron de ver á un chico de la casa de caridad correr hasta perder el aliento, sin gorra y con un cuchillo sobre el ojo.

## VII.

Noé Claypole corrió á mas no poder, y no se detuvo hasta llegar á la puerta del asilo de mendicidad. Esperó un momento á fin de renovar sus sollozos, y dar á su rostro una expresión de dolor violento, y echo esto, llamó á la puerta estrepitosamente. Abrióle un anciano, y Noé le presentó una cara tan compungida, que el pobre hombre, aunque acostumbrado á verlas diariamente, hizo un ademán de asombro.

— ¿Qué le habrá sucedido á este chico? dijo el viejo.

— ¡Señor Bumble, señor Bumble! gritaba Noé con tal fuerza y fingiendo tal terror, que el bedel se lanzó al patio, olvidando su tricordio y todo alarmado; ¡oh! señor Bumble; es Oliverio, señor, es Oliverio que ha...

— ¡Cómo, cómo! interrumpió el bedel con una indecible expresión de alegría; ¿se ha escapado, Noé; se ha escapado?

— No, no, señor, no se ha escapado; pero se ha hecho muy malo, repuso Noé. Ha querido asesinarme, señor, y despues ha tratado de matar á Carlota y á la señora. ¡Oh, cuánto sufro! ¡oh, señor, qué dolores!

Y así diciendo, Noé se retorcia en todos sentidos como una anguila, para hacer creer al bedel, que en el ataque violento y feroz de Oliverio Twist, habia experimentado alguna grave lesión interna que le hacia sufrir atroces dolores.

Cuando Noé vió el efecto que sus palabras causaban en el señor Bumble, quiso conmovérle aun mas, lamentándose de sus heridas con mas fuerza que antes; y como viera en aquel momento atravesar el patio á un caballero de chaleco blanco, comenzó á gemir de la manera mas dramática, por creer que seria de mucha importancia llamar la atención de aquel personaje.

La atención de este, en efecto, se despertó bien pron-

to, pues en vez de seguir su camino, volvióse bruscamente y preguntó por qué aullaba aquel joven mastin, y por qué no se le corregía con algunos golpes para que articulase mejor sus quejas.

— Es un pobre muchacho de la casa de caridad, señor, replicó Bumble, que ha estado á punto de ser asesinado por el joven Oliverio. No se ha escapado de mala.

— ¡Pardiez! estaba seguro de ello, exclamó el del chaleco blanco; tuve desde el principio el presentimiento singular de que ese joven salvaje acabaría en la horca.

— También ha querido asesinar á la criada, dijo el bedel, pálido de espanto.

— Y á la señora, añadió Noé.

— Y despues al amo, ¿no es cierto, hijo mio? preguntó Bumble.

— No, porque habia salido; pero dijo que queria matarle.

— ¡Ah! ¿con que ha dicho eso, muchacho? replicó el del chaleco blanco.

— Sí, señor, repuso Noé, y mi señora me envia para preguntar si podrá venir al momento el señor Bumble para castigar á Oliverio, pues el amo ha salido.

— Ciertamente, hijo mio, dijo el señor del chaleco blanco sonriendo con bondad, y pasando su mano por la cabeza de Noé, que era lo menos tres pulgadas mas alto que él; tú eres un bravo mozo, un buen chico, y hé aquí un penique por tu trabajo. Señor Bumble, añadió, tomad vuestro baston é id á casa de Sowerberry. Zurrad bien á ese tunante y no le dispenseis en lo mas mínimo.

— No, señor, ciertamente que no, repuso el bedel, ajustando un látigo al extremo de su baston.

— Decid á Sowerberry que no le perdone nada, pues de lo contrario, nunca se hará carrera con ese chico. Necesita muchos golpes para corregirse.

— Así lo haré, señor, contestó Bumble.

Y despues de haberse calado el tricornio y cogido su baston, el bedel, seguido de Claypole, tomó apresuradamente el camino que conducia á la casa del empresario de las pompas fúnebres.

La situacion no habia mejorado; la señora Sowerberry y Carlota hicieron tan exagerada pintura acerca de la ferocidad del aprendiz, que el bedel creyó prudente parlamentar antes de abrir la puerta. Comenzó pues por dar una patada, á guisa de exordio, y aplicando despues la boca á la cerradura, dijo con voz fuerte é imponente:

— ¡Oliverio!

— ¡Vamos, abridme la puerta! contestó el chico.

— ¿Reconoces la voz que te habla, Oliverio? preguntó Bumble.

— Sí, replicó.

— ¿Y no estais aterrado, caballero? ¿no temblais á mi voz? preguntó Bumble.

— ¡No! reptuso valerosamente Oliverio.

## El algarrobo.

(CERATONIA SILIQUA.)

Hé aquí un árbol singular, un vegetal extraordinario entre el número de nuestros árboles de Europa.

Los de su familia que se le asemejan, viven muy lejos: son los mimosa, los tamarindos, los gledischtia. Pertenecen á la seccion de la familia de las leguminosas cuyas flores no tienen pétalos.

Sus hojas, parecidas á las de la acacia, ofrecen un color de un verde intenso reluciente, y son de una consistencia como la del pergamino grueso. El hermoso color de este follaje compensa algun tanto la mala disposicion de las ramas; pero en suma, se puede decir que el algarrobo no es un modelo que puede servir al arte pintoresco. Sin embargo, posible es encontrar alguno cuyo tronco pardo y cubierto de grietas y de añosas verrugas, merezca llamar la atencion, y en este caso está el que se ve representado en nuestro dibujo.

Lo mismo que el olivo, el algarrobo se da en las márgenes del Mediterráneo, excepto en varios puntos de Francia, cuya temperatura, insuficientemente cálida durante el invierno, le ocasionaria una muerte inevitable; pero las personas que van á pasar la estacion fria en Niza ó en Menton, ven el algarrobo á cada paso en sus paseos.

Los soldados que guardan el fuertecillo de Villafranca, matan el tiempo haciendo libaciones á la sombra de uno de estos árboles, cuyo grueso ha hecho dar á este punto de reunion el nombre de *Posada del gran algarrobo*. La siliqua del algarrobo es pulposa, y la recogen para alimentar á las caballerías; á los chiquillos les gusta mucho su sabor azucarado, y hay paises en que la gente pobre la aprovecha para su sustento. Mucha sobriedad es esta, pues san Mateo nos dice que el último estado de miseria á que se vió reducido el hijo pródigo, fué el de codiciar tan misero alimento:

*Et cupiebat implere ventrem suum de siliquis, quas porci manducabant.*

J. B. L.



El algarrobo.

Una respuesta tan distinta á la que esperaba, y á la que no estaba acostumbrado, hizo vacilar á Bumble. Separóse de la puerta, é irguiéndose con importancia, contempló á los tres testigos de aquella escena sin pronunciar una palabra.

— Ya lo veis, amigo Bumble, dijo la señora Sowerberry, es preciso que se haya vuelto loco, porque al fin un niño no se atreveria á contestaros así.

(Se continuará.)